



**Universidad**  
Zaragoza

## Trabajo Fin de Grado

Cómo hacer la Revolución. Los *sans-culottes* y la  
violencia popular

How to make the Revolution. *Sans-culottes* and  
popular violence

Autora

María Pellejero Arnal

Directora

Carmen Frías Corredor

Facultad de Filosofía y Letras

2016

# Resumen

---

La Revolución Francesa supuso la ruptura con el Antiguo Régimen y la entrada al nuevo orden económico y social moderno conocido como Liberalismo. Fueron diez años muy convulsos, donde numerosos actores protagonizaron acontecimientos memorables con un trasfondo esencial para el desarrollo de la Humanidad. Y de esos actores, uno destaca por encima del resto por ser su primera actuación: el pueblo. A través de su particular concepción de la violencia y el lento aprendizaje del devenir de la Revolución, el pueblo se alzó con las armas e impuso su ritmo al frenético baile político, ideológico y social que paralizó el mundo desde 1789 hasta 1799.

Palabras clave: *sans-culottes*, *menu peuple*, violencia popular, *jacqueries*, jacobinismo, Convención, revueltas del hambre, *journées revolutionnaires*.

.....

The French Revolution meant the break with the Old Regime and the entry in the new modern economic and social system known as Liberalism. It was ten very convulsive years, where numerous actors carried out memorable events with an essential background for the development of the Humanity. And of these actors, one stands out above the rest for being his first performance: the town. Through its particular conception of violence and the slow learning of the Revolution, the people rose up with arms and imposed their rhythm on the frenetic political, ideological and social dance that paralyzed the world from 1789 to 1799.

Keywords: *sans-culottes*, *menu people*, popular violence, *jacqueries*, Jacobinism, the Convention, revolts of hunger, *journées revolutionnaires*.

# Índice

---

1.	<b>Introducción</b> .....	4
	a. Estado de la cuestión.....	5
	b. Contexto revolucionario.....	7
2.	<b>La <i>sans-culotterie</i> parisina</b> .....	14
	a. Caracterización externa del <i>sans-culotte</i> parisino.....	15
	b. El <i>sans-culotte</i> en el día a día.....	17
	c. Consideraciones políticas de la <i>sans-culotterie</i> parisina.....	21
	i. La soberanía popular.....	21
	ii. Control y revocabilidad de los cargos.....	23
	iii. Continuidad y autonomía de las secciones.....	25
	iv. Derecho a la insurrección.....	26
3.	<b>La violencia popular</b> .....	28
	a. La revuelta urbana francesa en el siglo XVIII.....	28
	b. Nuevas prácticas revolucionarias.....	28
	i. El antes y el después: septiembre de 1793.....	33
	c. Antiguas formas de protesta: las revueltas del hambre.....	35
	d. Las <i>compagnonnages</i> y la problemática salarial.....	37
	e. Las últimas luchas.....	40
4.	<b>Conclusiones</b> .....	43
5.	<b>Bibliografía</b> .....	44

# Introducción

---

Hay acontecimientos que marcan un antes y un después, ya sea a pequeña o gran escala. La Revolución Francesa es uno de ellos. 1789 supuso la ruptura con el Antiguo Régimen, con las instituciones medievales, e inició una nueva época de profundos cambios que afectaron a todos los niveles de la vida humana. Un simple hecho como la negativa del Tercer Estado de aceptar los Estados Generales y reunirse por separado, algo que parece casi azaroso y caprichoso, ese hecho a pequeña escala, desencadenó una revolución que nadie previó. ¿Cómo prever un acontecimiento de tales características?

Por aquel entonces, Francia era una monarquía absoluta, como ocurría en el resto de Europa. Y cuando obligaron a Luis XVI a jurar la constitución, los Estados entraron en guerra. ¿Cómo iban a permitir tal ultraje? La monarquía era una institución sagrada desde la Alta Edad Media, llevaba siglos en pie, y no podía caer por unos años de malas cosechas.

Porque no sabemos lo que hubiese pasado con otros factores sociales y económicos, pero nadie duda que la falta de alimento y las hambrunas que asolaban los campos y ciudades franceses fueron el detonante que hizo estallar la revuelta. Y el pueblo llano entró en escena como nunca antes lo había hecho. Con sus contradicciones internas, primero guiado por la burguesía pudiente y después separándose de ésta, con unas demandas en el campo y otras en las urbes, el *menu peuple* se adueñó de la Revolución ya desde sus inicios.

Pese a la ingente información vertida sobre la Revolución Francesa, seguimos encontrando escollos para tratar el comportamiento de las clases populares. Como señala C. Ginzburg, “no cabe duda de que el retraso, en parte, se debe a la persistencia difusa de una concepción aristocrática de la cultura”<sup>1</sup>. Las contradicciones que vemos dentro de las clases populares, entre campesinos y obreros de las ciudades principalmente, eran mal tratadas, achacándolas a una serie de ideas erróneamente comprendidas difundidas por las élites y mezcladas con el carácter bullicioso e inestable inherente al pueblo.

Las últimas investigaciones han abierto un campo nuevo de conocimiento al vetar esa línea historiográfica que reducía la cultura popular a la asimilación de la cultura aristocrática por el pueblo analfabeto. No cabe duda de que la cultura popular tiene raíces profundas, muy ricas y con más imbricaciones con el pasado de las que uno puede ver a simple vista. A pesar de ello, contamos con enormes dificultades para analizar la cultura popular porque, esencialmente, es una cultura oral que escasas veces se refleja literariamente.

---

<sup>1</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Península, 2013, pág. 15.

Los mismos problemas tenemos a la hora de abordar aspectos de esa cultura popular, como el comportamiento en sociedad, el folclore, o la violencia. Este último aspecto es, quizá, uno de los más controvertidos. Nos resulta inevitable comparar la violencia de Estado, la violencia esporádica o la violencia aceptada socialmente generada siglos atrás con nuestras propias concepciones actuales. Porque no es sencillo abstraer todo el bagaje cultural que nos forma y constituye como personas, pese a que nos creamos o no afines a éste. La cultura y la mentalidad constituyen una conceptualización tan compleja y difícil de discernir dentro de las sociedades humanas que es imposible escapar de ellas. Queramos o no, todos hemos bebido de las mismas construcciones culturales.

He escogido este tema de trabajo porque, para mí, la Revolución Francesa es uno de los pocos eventos trascendentales de la Historia. Ineludibles, y posiblemente irrepetibles. Y me he centrado en las clases populares porque, desde que conocí la Historia desde abajo y la Microhistoria, me he sentido identificada con sus protagonistas anónimos. Creo firmemente que el común del pueblo no ha actuado, a lo largo de la Historia, como un mero agente pasivo, como un remanente de las élites. No, las masas campesinas y trabajadoras tenían su propia dinámica evolutiva, desarrollada bajo otros patrones –aunque con esto no quiero decir que no se vieran influenciadas por las acciones de los dirigentes.

La Revolución Francesa fue un periodo convulso, crítico y altamente inestable por la novedad que suponía. Y las clases populares jugaron su papel –correcta o incorrectamente, eso es una opinión muy subjetiva– como creyeron y como pudieron. El presente trabajo aborda dicha temática, la intervención del *menu peuple* en la política gubernamental y sus vías para conseguir reconocimiento y derechos.

Es evidente que un pueblo analfabeto no podía compararse con los vivaces discursos de los parlamentarios, pero fue aprendiendo, y con el paso de los años, sus protestas e insurrecciones se convirtieron en actos más sofisticados y con carices diferentes, alejadas de las tradicionales revueltas del hambre –pero siempre teniendo presente la crisis alimenticia. Y una vez instruido, el pueblo nunca olvida.

## **Estado de la cuestión**

Tradicionalmente, la Revolución de 1789 ha sido considerada como una revolución burguesa. El término fue acuñado por Antoine Barnave, uno de los primeros líderes de la Revolución, y utilizado después por políticos e historiadores como Louis Blanc, Alexis de Tocqueville, Hippolyte Taine, Jean Jaurès, Albert Mathiez o Georges Lefebvre, entre otros.

Los historiadores marxistas, cuyo principal exponente fue Albert Soboul hasta su muerte en 1982, entendían que las contradicciones del Antiguo Régimen entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción generaron conflictos de clase, resueltos mediante una revolución social que otorgó el poder a la nueva clase burguesa, derrocó a la nobleza y abrió definitivamente la vía al desarrollo del capitalismo.

Pero en la década de los cincuenta, algunos historiadores anglosajones cuestionaron el carácter burgués de la Revolución. En 1955, el historiador inglés Alfred Cobban publicaba su controvertido libro *El mito de la Revolución Francesa*, en el que afirmaba que el sistema feudal era prácticamente inexistente en 1789 y que el capitalismo agrícola estaba ya fuertemente implantado en Francia antes de la Revolución. Según esta tesis, el proceso revolucionario francés no habría supuesto ninguna transformación de orden socioeconómico, sino que incluso habría frenado el auge capitalista. La Revolución, dice Cobban, consistió en la destrucción del viejo sistema político de la monarquía absoluta, que fue reemplazado por otro cuya manifestación última fue el Estado napoleónico.

Años más tarde, en el propio seno de la historiografía francesa, Jacques Godechot primero, y posteriormente dos historiadores de la escuela de Annales, François Furet y Denis Richet, se opusieron también a la interpretación tradicional marxista. En su libro *La Revolución Francesa* (1965), diferenciaban tres revoluciones, siendo la principal la de las élites, sectores de la burguesía y de la nobleza que se opusieron al Absolutismo y apostaron por el Liberalismo. Según estos autores, la Revolución Francesa se desvió de sus objetivos burgueses iniciales porque las revueltas de los campesinos, artesanos y *sans-culottes* interfirieron en el desarrollo de la misma.

En los años setenta, un historiador de la corriente crítica, Guy Chaussinand-Nogaret, tras realizar un estudio comparativo entre los cuadernos de quejas elaborados por el Tercer Estado y los de la nobleza en vísperas de la Revolución, insistía en que no existió oposición de clase, sino identidad casi total en las reivindicaciones y aspiraciones de ambos órdenes. Además, compartían idéntica formación intelectual, estaban impregnados igualmente por la nueva ideología de las Luces y tenían comportamientos e intereses comunes.

En general, los historiadores críticos, tanto franceses como anglosajones, cuestionan la perspectiva social del análisis marxista y conciben la Revolución como una crisis política que debe ser entendida en sí misma, sin recurrir al conflicto entre las distintas fuerzas sociales. Pero disienten a la hora de valorar el alcance de la misma. Para algunos historiadores, como Theda Skocpol, es la ruptura y la reconstrucción del Estado lo que desempeña el papel central, mientras que para otros, como Furet, se trató de un enorme proceso de integración sociocultural. La ruptura, según este autor, no se situaría en el terreno económico o social, sino en el ideológico, en el nivel de la conciencia. La Revolución no creó una nueva sociedad, sino que afirmó nuevos valores.

Uno de los fenómenos más interesantes que se producen desde la última década del siglo XX y la primera del siglo XXI es el desarrollo del proceso de especialización de los historiadores en objetos históricos cada vez más especializados y autónomos, muchos de ellos con un entronque de la Historia social de 1950 y 1960 pero independientes, como la Historia de la vida cotidiana. En este marco se engloban los nuevos estudios de mentalidad y conciencia, también aplicados a la Revolución, así como el uso de la violencia o el lenguaje, ya con el surgimiento del Posmodernismo.

La historiografía sobre la Revolución Francesa es extensísima, y –desde mi humilde opinión– imposible de abarcar. Los estudios realizados se centran más en debates ideológicos y políticos –si la Revolución fue burguesa o no, por ejemplo– que en el desarrollo histórico en sí, porque es un acontecimiento que se ha tratado desde todas las ópticas posibles dada su importancia. Las recientes investigaciones, si bien puede que no cambien en demasía el discurso oficial de los hechos, nos dotarán de más puntos de luz que vislumbrarán con más precisión la fisonomía de la Revolución Francesa.

## Contexto revolucionario

A pesar de que el presente trabajo se centra en un periodo concreto de la Revolución, los años 1792-1794, no podemos indagar en el temario sin realizar una breve introducción a la misma desde sus orígenes hasta su final, así como los antecedentes y causas que la provocaron.

La sociedad francesa anterior a 1789 era una sociedad estamental, donde su población se dividía por órdenes, y cada uno se regía por unas leyes y derechos concretos. La economía y la sociedad, en general, eran los propios del Antiguo Régimen y heredados del Medievo: el campo y los señoríos rurales alimentaban a los centros urbanos, donde los gremios controlaban la producción manufacturera. En ambos escenarios, las parroquias eran el centro de la vida pública, ya que la religión era un pilar fundamental.

Y en este mundo tan constreñido encontramos nuevos valores culturales que, poco a poco, ponen en cuestión la religión y el funcionamiento del Estado, así como el propio sistema del Antiguo Régimen. Se trataba de una nueva visión del mundo, una visión filosófica que no podemos dejar de lado a la hora de estudiar la Revolución Francesa: la Ilustración. Y esta nueva realidad conceptual y social cristalizó en la opinión pública<sup>2</sup>, por aquel entonces constituida por hombres ilustres dado que el pueblo llano era analfabeto y no tenía acceso a la producción literario-filosófica en la que se plasmaban las nuevas ideas.

Para I. Castells, las causas de la quiebra del Antiguo Régimen en Francia se deben a tres factores: la incidencia del movimiento filosófico, la lucha entre la Corona y los parlamentarios, y la crisis de la economía francesa durante el reinado de Luis XVI<sup>3</sup>. El Absolutismo no cayó por los problemas internos, sino que a éstos se le sumaron conflictos externos en forma de revueltas sociales que acabaron disgregando el sistema monárquico.

Tras la apertura de los Estados Generales, durante los meses de junio y julio convergieron todos los elementos de la coyuntura revolucionaria que formó el cóctel explosivo de 1789. A la crisis económica y malestar social consiguiente, la lucha de

---

<sup>2</sup> Término que ya utiliza Jean-Jacques Rousseau en 1762.

<sup>3</sup> Irene Castells Oliván, *La Revolución Francesa (1789-1799)*. Madrid: Síntesis, 2014, pág. 40.

órdenes dentro de los Estados Generales expuso unas contradicciones políticas hasta entonces inapelables en una sociedad feudal –organizativa y judicialmente– como lo era la Francia del siglo XVIII.

La crisis política se prolongó hasta que el Tercer Estado decidió no aceptar las imposiciones de los órdenes privilegiados y abandona los Estados Generales el 17 de junio, reuniéndose en solitario y autoproclamándose Asamblea Nacional Constituyente con un objetivo principal: dotar de una constitución al Estado. Siguiendo esta línea, el Feudalismo queda abolido por los *Decretos de Agosto*. El pueblo no permaneció expectante e irrumpió activamente en la vida política, tomando la Bastilla el 14 de julio. Del mismo modo, en el campo se produjo una *jacquerie* gestada desde la primavera y que terminó por configurar el *Grande Peur* del verano de 1789.

Pese a la negativa del monarca de no aceptar los hechos y vetar la actuación de la Asamblea Constituyente –lo que produjo la primera fractura dentro de ésta en torno al voto del rey–, el pueblo le obligó a trasladar su residencia de Versalles a París a principios de octubre. Luis XVI también se vio obligado a aceptar los decretos de agosto, y en todo el país se produjo una “revolución municipal”<sup>4</sup> que acabó con la administración absolutista del Antiguo Régimen.

Ya desde los inicios, dentro de la Asamblea se vislumbraron tres corrientes político-ideológicas que marcarán el desarrollo de la Revolución: algunos notables y nobles liberales pujaban por una monarquía bicameral siguiendo el modelo inglés, o una monarquía constitucional de carácter moderado; la burguesía revolucionaria repartida a lo largo de todo el periodo –ya fuera en las Asambleas, la Convención o el Directorio, así como en la Llanura, la Gironda y la Montaña–; y la corriente más radical de la Revolución, constituida por los jacobinos y una parte de la Montaña que preconizaba una democracia directa.

Las relaciones entre el Estado y la Iglesia ocuparon la agenda política durante los meses siguientes, culminando con la aprobación de la *Constitución civil del clero* el 12 de julio de 1790. Una parte de los clérigos no aceptaban estas imposiciones, acentuando la división entre los diputados y fomentando el miedo a una contrarrevolución. Las tensiones continuaron dentro de la Asamblea cuando una parte de ésta propuso contener el movimiento popular, desatado desde el estallido de la Revolución y plasmado en las nuevas sociedades y clubes.

La inestabilidad política se acentuó con la fallida fuga de Varennes en la noche del 20 de junio de 1791. La Asamblea no había puesto en cuestión el papel del monarca, pues desde los inicios se había apostado por una monarquía constitucional, pero la huida de Luis XVI fue vista por la opinión pública –y popular– como una traición, y el sentimiento republicano fue creciendo exponencialmente entre las clases sociales. El monarca fue encarcelado, y el 14 de septiembre juró la nueva constitución.

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 69.



Con una constitución vigente y tras unas elecciones censitarias, la Asamblea Constituyente traspasó sus poderes a la Legislativa, la nueva asamblea gubernativa compuesta, a diferencia de su antecesora, por hombres jóvenes representantes de la burguesía revolucionaria. Esta primera etapa de la Asamblea, hasta marzo de 1792, estuvo marcada por el conflicto interno en cuanto a la cuestión del monarca: la mayoría de diputados confiaba en el rey a pesar de que éste vetaba todas las proposiciones que emanaban de la Asamblea. Este bloque constitucional mantuvo viva la idea de un complot aristocrático, caldo de cultivo para la guerra exterior que se veía próxima ante las declaraciones del Sacro Imperio y Prusia.

El 28 de julio, el *Manifiesto de Brunswick* firmado por el comandante general de los ejércitos austro-prusianos encolerizó a los parisinos, consiguiendo el efecto contrario al deseado y creando una oleada republicana que pedía la abdicación del monarca y la instauración de una república. El pueblo tomó las armas y asaltó en Palacio de las Tullerías el nueve de agosto ante el silencio de la Asamblea Legislativa, obligando a la familia real a refugiarse en ésta. El conflicto no terminó con el asalto, pues se creó una comuna insurreccional en el ayuntamiento de París que sustituyó al cuerpo institucional votado en 1791. Desde ahora en adelante, la Comuna de París será quien controle la ciudad.

La Asamblea Legislativa sólo pudo acatar las peticiones populares, y a instancias de la Comuna, el 13 de agosto se hizo prisionera a la familia real en la Torre del Temple. Así, la Asamblea Legislativa entraba en su tercera y última fase, en la que se vio relegada a un segundo plano por la Comuna de París, cuya única misión era organizar nuevas elecciones –pero esta vez, con sufragio universal masculino–, celebradas entre el 26 de agosto y el 20 de septiembre, dando paso a una nueva etapa de la Revolución.

Los 749 diputados electos se reunieron por primera vez ese mismo 20 de septiembre de 1792, aboliendo la monarquía y proclamando la I República Francesa dos días después. Como había ocurrido con su antecesora, la Convención representaba una generación revolucionaria que, si bien mantenía los principios de 1791 y la composición social, se consideraba algo más democrática con la simbólica presencia de obreros.

Como señala I. Castells, dentro de la Convención también podemos encontrar distinciones políticas entre “derecha”, “izquierda” y “centro”, con la salvedad de que todos los diputados eran republicanos revolucionarios. “Sería más pertinente describir su actitud política en términos de resistencia o impulso a la marcha de la Revolución y sobre qué programa querían unos y otros acabarla”<sup>5</sup>. Si la derecha política correspondía a la Gironda, y la izquierda a la Montaña, el tercer elemento de la Convención –denominado como la Llanura– englobaba al resto de diputados que hacían y deshacían mayorías.

---

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 137.

La primera fase del nuevo gobierno estuvo marcada por la división entre la Gironda y la Montaña por las divergencias sobre la estrategia revolucionaria a seguir. Durante los ocho meses que transcurrieron hasta la expulsión de la Gironda del gobierno en junio de 1793, la lucha política se desarrolló en torno al juicio y ejecución de Luis XVI, la extensión de la guerra, la crisis económico-social, y la constitución. El movimiento popular apoyó a la Montaña, y la Gironda fue expulsada de la Convención, que quedó en manos de Robespierre y sus seguidores montañeses y jacobinos<sup>6</sup>.

La Montaña, inmediatamente después de la eliminación de la Gironda de la Asamblea, aceleró la elaboración de una nueva constitución, que confió al Comité de Salud Pública, que verá la luz ese mismo año. La nueva Declaración de Derechos que la precedía desarrollaba y superaba ampliamente el contenido democrático de la de 1789. A causa de la guerra externa, la nueva constitución jamás llegó a entrar en vigor.

Con la Montaña dominando la Convención, entramos en la fase del Gobierno revolucionario, institucionalizado en primavera de 1793 y con reconocimiento legal en octubre y diciembre, disuelto –junto a la Convención– el 26 de octubre de 1795. La Convención disponía de 21 comités, pero solo dos detentaron el poder efectivo: el Comité de Salud Pública y el Comité de Seguridad General –que ya existía desde los inicios de la Revolución, pero fue adquiriendo importancia con la instauración del Terror a partir de septiembre de 1793.

El gobierno promovía la “centralidad legislativa” en tanto que pretendía incorporar a toda la sociedad para conseguir su cohesión y llegar a una verdadera democracia económica, social y política. Dentro de esta concepción centralista, las sociedades populares eran mal vistas porque se percibían como poderes federalistas, por lo que fueron recortando su soberanía entre marzo y julio de 1794. Del mismo modo, las secciones entraron en conflicto no sólo con el gobierno, también con la Comuna por convertirse en un mero títere de la Convención y perder todo su poder.

El Terror ocupó el primer periodo de la Convención revolucionaria entre 1792 y 1793. Se trataba de un sistema de excepción, impuesto por las circunstancias de la Contrarrevolución y la guerra; un sistema de justicia encargado de eliminar cualquier raíz reaccionaria en suelo francés. En octubre y noviembre se desarrollaron los grandes juicios políticos, el tres de marzo de 1794 se aprobó la confiscación de bienes a los sospechosos, y el Gran Terror se instauró por ley el diez de junio, produciendo una media de 30 condenas diarias hasta el 27 de julio<sup>7</sup>. Hasta agosto de 1794 no será suprimida la ley, pero todo el sistema perdurará hasta el 31 de mayo de 1795, momento de descomposición del Tribunal revolucionario.

El otro aspecto que acompañó al Terror en estos meses de gobierno revolucionario fue la economía dirigida. Cabe señalar que ningún sector de la sociedad

---

<sup>6</sup> Cabe señalar que no todos los montañeses apoyaban a Robespierre ni eran jacobinos, del mismo modo que los jacobinos tenían divergencias con los montañeses y el gobierno de Robespierre (también conocidos como *robepierristas*).

<sup>7</sup> *Ibidem*, pág. 187.

–ni del gobierno– era colectivista, pero todos ellos aceptaron la economía dirigida como respuesta a la crisis permanente del país y como un medio para ganar la guerra contra las potencias absolutistas.

La culminación de todo este proyecto fue la *Ley del Máximo General* aprobada el tres de septiembre de 1794 por presiones de la *sans-culotterie* parisina, que la veían como necesaria para alimentarse. Por el contrario, el *máximo* perjudicaba al campesinado, que tenía que vender sus productos a bajo coste y obtenía muy pocos beneficios. Así, la aplicación de esta ley hizo que las masas rurales se alejaran de la Convención, pero logró alimentar precariamente a la población y abastecer al Ejército, consiguiendo una inverosímil victoria contra Europa.

Desde la Convención también se promovió una nueva concepción cultural e ideológica en relación con su idea regeneradora de la sociedad. Entró en vigor el calendario revolucionario, se produjo toda una ola descristianizadora por todo el país en orden de instaurar el nuevo culto cívico a la Razón, se promovió el sistema métrico –cuya elaboración no concluyó hasta 1799–, se realizaron notables esfuerzos respecto a la enseñanza primaria y las artes en general, y las fiestas revolucionarias fueron sustituyendo las antiguas cristianas.

Pero todos estos cambios encontraron profundas resistencias dentro de la sociedad, que no llegaba a comprender ese proyecto regenerador del gobierno. Así, entre el otoño de 1793 y la primavera de 1794, la Convención tuvo que defenderse de los ataques de dantonistas y hebertistas respecto a la cuestión descristianizadora y la centralidad legislativa. A ojos del pueblo, la Convención estaba traicionando a la Revolución, y ambos agentes comenzaron a distanciarse hasta la caída de Robespierre, celebrada con entusiasmo por los *sans-culottes*.

La nueva tarifa de salarios, que produjo una bajada real de los mismos, dentro de la aplicación del *máximo* en junio de 1794 fue el desencadenante de la revuelta popular. El progresivo aislamiento del gobierno, el control de las secciones revolucionarias y el malestar social, además de las luchas internas entre el Comité de Salud Pública y el de Seguridad General habían sido el caldo de cultivo. El complot se urdió desde las propias filas de los diputados, con apoyo popular, y Robespierre y sus seguidores fueron guillotinado el mismo día de su arresto, el 28 de julio de 1794 – fecha más conocida por su calendarización revolucionaria, el nueve de termidor del año III.

El nuevo gobierno termidoriano no tenía un plan de actuación concreto, y tuvo que hacer frente a una concatenación de problemas que se arrastraban desde 1789, como la crisis económico-social. Su móvil fundamental será acabar la Revolución, pues consideraban que las clases populares habían conseguido demasiado poder durante esos dos años de jacobinismo, y desmontar el aparato estatal del Terror.

Esta nueva política se vio sustentada por el Terror Blanco, una reacción más vengativa que institucional que se encargaba de juzgar a los jacobinos –ahora tildados

de terroristas– sin un plan legislativo concreto. Según los estudios, las víctimas de esta oleada justiciera se dividen entre artesanos y campesinos, soldados y militares del Ejército Nacional y antiguas autoridades de comités y sociedades populares.

La sociedad civil estaba profundamente dividida, pues los sectores que apoyaban el Terror Blanco también eran populares, artesanos y pequeños comerciantes, además de nobles, burgueses y profesionales liberales en general. Los acusados, habiendo aceptado la condena de Robespierre y creyéndola justa, rechazaban la nueva deriva del gobierno, más clasista y restrictiva. Y la Convención tuvo que hacer frente, durante la primavera de 1795, a constantes luchas y revueltas populares que demandaban la reinstauración de la constitución jacobina, el *máximo* y el Terror. El episodio más sangriento se desarrolló en mayo, donde el movimiento popular es aplastado y la *sans-culotterie* parisina desaparece del mapa político.

Comienza así la última fase de la Revolución, una verdadera república burguesa ejemplificada en el régimen del Directorio (1795-1799). Se trataba de una nueva ruptura ideológica, pues sus representantes abogaban por una política desligada de 1793, pero también de 1789. Se apostaba por el bicameralismo de tipo americano con un sistema político censitario y más restringido que el de 1791, con el Liberalismo como modelo económico, y con una nueva constitución –aprobada el 22 de agosto de 1795– que eliminaba los derechos naturales y reafirmaba la desigualdad de los hombres.

La enorme abstención política y el aumento de los realistas provocaron la constante inestabilidad del régimen, que tuvo que recurrir al Ejército para mantener el gobierno mediante golpes de Estado. Dentro del Directorio también se desarrollaban luchas internas, pues la nueva organización de consejos estaba dominada por realistas, mientras que la cabeza de gobierno seguía siendo burguesa. Así, las divergencias estratégicas y tácticas sobre la guerra y los peligros –la izquierda o la Contrarrevolución– acabaron paralizándolo el sistema político, que perdía apoyos continuamente.

El movimiento jacobino perduró a comienzos del Directorio pese a los intentos de éste por eliminarlo, aunque con una composición social diferente con círculos restringidos en provincias y en el Club del Panteón en París, al que pertenecía Gracchus Babeuf. Desde estas esferas se promoverá la Conjunción de los Iguales, que intentaba derrocar al Directorio e instaurar una dictadura popular, pero fracasó en su intento y sus cabecillas fueron condenados a muerte. Pese a todo, el jacobinismo –ahora neojacobinismo– se vio favorecido en 1798 por el Directorio, que veía con temor la expansión del realismo dentro de sus fronteras. Intentó dar otro golpe de Estado el once de mayo de 1798, pero fue un fracaso.

Ante el temor de una nueva conjura jacobina, el Consejo de los Ancianos – cámara encargada de aprobar o rechazar las leyes– puso en marcha un complot urdido con Napoleón Bonaparte, un exitoso militar que se veía como el único capaz de cambiar el sistema y mantener las victorias frente a la nueva coalición de potencias absolutistas constituida en la primavera de 1799. El 18 de brumario del año VIII –fecha

correspondiente con el nueve de noviembre de 1799–, Bonaparte dio un golpe de Estado con el apoyo de una parte de los diputados, el Ejército y la masa popular al mostrarse ante la opinión pública como el redentor de Francia que iba a acabar con las corrupciones del gobierno, máximo representante de la nación, pero también como hijo de la Revolución.

Finalizaban así diez años de experimentos políticos que marcaron el devenir de Francia y, posteriormente, el de todo un continente con las guerras napoleónicas exportadoras de los ideales de la Revolución. El nuevo sistema, el Consulado, daría paso al Imperio, marcando también una nueva época para los Estados europeos.

Porque la Revolución Francesa, vista retrospectivamente, no dejó de ser eso, un experimento político que planteaba nuevas hipótesis contrarias a las tesis mantenidas hasta entonces; nuevas experiencias alejadas del Antiguo Régimen, un nuevo sistema basado no en los estamentos, sino en las clases. Fueron muchos los intentos por derrocar las ideologías nacidas en 1789 y exportadas por Napoleón y, si bien acabó fracasando, nadie pone en duda que las naciones, una vez derrotado el enemigo francés, no pudieron frenar sus ideales, plasmados en las revoluciones de 1820, 1830 y 1848.

Incluso 50 años después, la Revolución seguía viva. Todas sus fases, sus derivas políticas, se desarrollaron a lo largo de los siglos posteriores. La Revolución había sido un acontecimiento tan grande, tan desmesurado y tan extraordinario, que el mundo jamás volvió a ser lo que era. Y nosotros mismos, inconscientemente, somos hijos de la Revolución.

# La *sans-culotterie* parisina

---

Definir a la *sans-culotterie* parisina resulta una tarea ardua y complicada, primeramente, por la falta de fuentes primarias al respecto, y segundo, porque la *sans-culotterie* parisina no es una clase social al uso, como las que conocemos actualmente. Siguiendo a A. Soboul en su análisis, diremos que la *sans-culotterie* es una "coalición de elementos socialmente disparejos, que estaba minada por contradicciones internas"<sup>8</sup>. Es decir, que '*sans-culotte*' es un término político que no sirve para designar una clase social, lo cual es muy acertado dada la composición del mismo.

La conciencia popular es fundamental en este estudio, puesto que los *sans-culottes* se consideraban el verdadero pueblo parisino, también conocidos como *menu peuple*. Como se ha mencionado anteriormente, la *sans-culotterie* comenzó a desarrollarse en 1792, y es entonces cuando vemos la verdadera oposición que existe entre ésta y la burguesía de la Revolución.

Dentro del *menu peuple* encontramos una amalgama de elementos que, si bien en otras circunstancias podían ser clasificados dentro de diferentes clases sociales, su falta de conciencia y su concepción igualitaria de las relaciones sociales les engloba dentro del mismo saco. "En líneas generales, los *sans-culottes* son bastante representativos de la población parisiense. El *sans-culotte* medio no es el obrero de la manufactura de tapices ni el indigente de las casas o habitaciones amuebladas, sino un artesano, oficial o pequeño patrón. Su perfil cultural es más original y menos vago, cuya sensibilidad está más claramente delimitada que su personalidad económica"<sup>9</sup>.

Pese a que esta definición es correcta, cabe señalar algunos detalles que dan una nueva concepción al término '*sans-culotte*' y precisan, casi irónicamente, la complejidad de enmarcarlo en una categoría social. En algunos documentos, los militantes se identifican con quienes no poseen nada, es decir, con los proletarios en sentido tradicional del término. Así, dentro del mismo conglomerado social, tenemos diferentes entidades que, si bien comparten determinadas visiones políticas, a la larga difieren y entran en conflicto, lo que acaba por condenar al movimiento, como ocurrió en 1795. Si bien la mayoría de la *sans-culotterie* parisina es propietaria (aunque sea de un pequeño taller), también cuenta con elementos pobres que sólo se valen de la fuerza de su trabajo para sobrevivir. Del mismo modo, se diferencia de los indigentes y los pobres mendigos, que no entrarían dentro del conglomerado político.

Esta dualidad de caracteres es la piedra angular de la esencia de la *sans-culotterie*, si bien ha supuesto un problema para los historiadores en tanto que, al tratarse de grupos sociales con una naturaleza y aspiraciones diferentes, las definiciones clasistas no son útiles. Es decir, que en la mentalidad de la época, un burgués con una relativa renta anual que manifiesta su amor por la República y se considera el más

---

<sup>8</sup> Albert Soboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II*. París, 1958, pág. 427.

<sup>9</sup> François Furet y Mona Ozouf, *Diccionario de la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

patriota de todos, puede calificarse como un *sans-culotte* pese a las diferencias económicas y políticas que tendría con el *menu peuple*. Por el contrario, un tendero que únicamente tiene un puesto en el mercado, por muy pobre que sea, si no está a favor de la Revolución y apoya a los realistas, no entraría dentro de la categoría política que aquí se está tratando. "Es más bien el comportamiento político popular el que, por encima de la diversidad social, refuerza la unidad de la *sans-culotterie* parisina"<sup>10</sup>.

Asimismo, cabe destacar que el proletariado que vemos durante la Revolución no es un proletariado de fábrica como el que protagonizará las jornadas revolucionarias en la segunda mitad del siglo XIX, sino que está compuesto por una coalición de pequeños patronos y oficiales que trabajan y viven juntos. Y es esa convivencia la que marca el ritmo de la *sans-culotterie*, porque, pese a que los oficiales y obreros tienen peores condiciones que los patronos, y por consiguiente, demandarán otras peticiones políticas, están día a día con sus patronos, habitan bajo el mismo techo y comen en la misma mesa. Están tremendamente influidos por ellos, aunque sus aspiraciones políticas difieran. De esta realidad nacerán las contradicciones dentro del movimiento popular durante la Revolución que, al final, serán vitales para su supervivencia. Los trabajadores no podían constituir, ni por pensamiento (por estar impregnados de las ideas burguesas heredadas de la Ilustración) ni por acción (por ser inferiores en número) un elemento independiente revolucionario.

### Caracterización externa del *sans-culotte* parisino

La apariencia siempre ha sido un distintivo social y político, y más en momentos de conflicto y tensión como la Revolución Francesa. El *sans-culotte* parisino no iba a ser menos, y de hecho, se muestra orgulloso de enseñar las características que lo califican como tal: el gorro rojo y la pica.

- El gorro rojo se convirtió en la pieza simbólica del traje del militante *sans-culotte*. Anteriormente fue un sombrero de esclavos libertos, y por ello símbolo de la libertad, por lo que se empleó con esa nueva naturaleza desde 1789. "La vista de un gorro rojo de lana le emociona [al *sans-culotte*]; y que nadie se atreva a burlarse de él. Su entusiasmo es de los más respetables y de los mejor fundados. Se le ha dicho que este gorro de lana era el emblema de la emancipación de todas las servidumbres en Grecia y Roma, y la contraseña de todos los enemigos del despotismo. Eso es bastante para él"<sup>11</sup>. Pese a las reticencias jacobinas, ya que ellos primaban la escarapela tricolor como único símbolo de la Revolución (si había varios símbolos, el poder de la República se fragmentaría), la utilización del gorro rojo se impuso después del 10 de agosto de 1792, y del mismo modo, desapareció junto al movimiento popular tres años después.

---

<sup>10</sup> Albert Soboul, *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, pág. 44.

<sup>11</sup> *Ibidem*, pág. 205.

- Tanto como el gorro rojo, la pica es también el emblema del *sans-culotte*. Cuando un militante portaba una pica, recordaba las grandes jornadas revolucionarias, momentos todos ellos que simbolizan al pueblo en armas, el cual tiene en sus manos la soberanía y es capaz de ejercerla, y cuando se le arrebatara, la recupera por medio de las armas. Durante todo el transcurso de la Revolución, la pica fue exaltada como el arma popular por excelencia, pero no llegó a ser un arma de guerra. Tanto simbolizaba al *menu peuple*, la pica acabó designando a los propios militantes populares y se les denominaba como 'las picas'. Tal como juraba Jaques Roux a la Convención el 25 de junio de 1793, "los *sans-culottes* con sus picas harán ejecutar vuestros decretos"<sup>12</sup>.

El conjunto visual se completa con el traje, del que procede la designación propia del *sans-culotte*. Junto al gorro rojo y la pica (en momentos conflictivos), el militante popular viste una carmañola, la chaqueta corta característica de las clases bajas. Pero lo verdaderamente característico del traje de un *sans-culotte* es, precisamente, los pantalones que porta. A diferencia de los *culottes* burgueses, el pueblo no tiene la capacidad monetaria y utiliza pantalones de lana o de pana.

Pero más importante que la apariencia física es el comportamiento social de un *sans-culotte*. Pese a las diferencias que pueda haber en el seno del grupo parisino respecto a algunos asuntos políticos y económicos dada su amplia composición social, todo el conjunto se alza en armas contra, lo que considera, modales y maneras feudales. Todo lo que ofende su sentido de la igualdad es sospechoso. Los *sans-culottes* no soportan ni el orgullo ni el menosprecio, sentimientos que los asimilan a la aristocracia, del mismo modo que odian la altivez de las personas. Son sentimientos contrarios al espíritu de fraternidad que debe reinar entre ciudadanos iguales, ya que la igualdad de las relaciones sociales es la piedra angular de las peticiones de la *sans-culotterie* parisina. Del mismo modo, ser tratados como subordinados en la sociedad es una afrenta aún mayor para los militantes populares porque, como se ha dicho anteriormente, va en contra de toda concepción igualitaria de las relaciones sociales.

Es por ello que el enemigo por naturaleza de la *sans-culotterie* parisina será la aristocracia, si advertimos que el término 'aristócrata' termina englobando una amalgama de elementos que el pueblo ve como enemigos a abatir. El aristócrata era aquel que apostaba por la pervivencia del Antiguo Régimen, por los derechos feudales y los estamentos; pero también lo era el burgués acomodado de tendencia moderada, precisamente por eso, por ser moderado respecto a sus peticiones políticas. Es decir, la *sans-culotterie* acaba denunciando a quienes poseen una riqueza notable, y si sus sueldos no son tan elevados, arremete contra quienes poseen cultura, otra señal de identidad de los aristócratas y "gentes honradas". De esta forma, queda marcado el lugar del *menu peuple* en la Revolución y se subraya la autonomía de su acción con respecto a la burguesía de la Montaña o los jacobinos, pues éstos también podían ser tildados de aristócratas aunque no pertenecieran a la nobleza.

---

<sup>12</sup>*Ibidem*, pág. 207.



La última pieza que completa la caracterización externa del *sans-culotte* es, sin duda, el lenguaje. Derivado de la igualdad en las relaciones sociales, los militantes utilizan el tuteo como interacción semántica, relajando las costumbres y volviéndolas más democráticas conforme avanzaba la Revolución. Así, el término 'señor' fue sustituido por el de 'ciudadano', mucho más equitativo y sin esa reminiscencia al Antiguo Régimen que tanto detestaban las clases populares. Sin embargo, los girondinos y Robespierre no eran partidarios del tuteo porque ellos, a pesar de que no tenían derechos y privilegios feudales, mantenían esa distinción con el pueblo llano en cuanto a cultura y poder económico se refiere. Tras *germinal*, cuando comenzó el retroceso del movimiento popular, la repugnancia al tuteo se intensificó, y ya con *thermidor* y la subida al poder de la burguesía, desapareció completamente.

### El *sans-culotte* en el día a día

Para conseguir una idea más concreta de la *sans-culotterie* parisina, debemos adentrarnos en el mundo de la Sociología y las relaciones sociales de ésta. Y no es tarea fácil por todos los inconvenientes que la propia Historia social contiene, más para periodos tan convulsos como la Revolución Francesa. Pero no por ello se convierte en una tarea infructuosa, pues como defiende E. H. Carr, "cuanto más sociológica se hace la Historia, y cuanto más histórica se hace la Sociología, tanto mejor para ambas"<sup>13</sup>. Siguiendo esta línea, A. Cobban añade: "El historiador sociólogo utiliza su teoría como criterio para la selección de los datos históricos relevantes. La Sociología general no supone una respuesta a la necesidad de algún elemento teórico, fuera de los estereotipos heredados, en nuestro caso de historia"<sup>14</sup>.

G. Lefebvre dividió la burguesía francesa en cinco categorías que hoy en día aún no han sido superadas: la burguesía propiamente dicha, viviendo noblemente de sus propiedades, es decir, terratenientes; los miembros de la administración real (*officiers*), propietarios de oficios venales, de los cuales algunos podían estar ennoblecidos por decisión real; abogados, notarios, procuradores y juristas; miembros de las profesiones liberales (doctores, científicos, escritores y artistas); y el mundo de las finanzas y el comercio<sup>15</sup>.

Dentro de cada uno de estos grupos existían niveles ampliamente divergentes de riqueza, por lo que no se pueden tomar como un conjunto monolítico y homogéneo. Del mismo modo que en 1791, cuando la Asamblea Constituyente enunció la *Constitución civil del clero*, hubo clérigos que firmaron y otros que no, dividiendo la Iglesia católica y plasmando en el papel lo que era una realidad, que el alto clero compartía los deseos de la nobleza mientras que el bajo clero se sentía más afín al Tercer Estado. En este sentido, había burgueses que primaban el sufragio censitario porque tenían unas rentas anuales extensísimas y equivalentes a las de un miembro de la nobleza, y otros que

---

<sup>13</sup> Edward Hallet Carr, *¿Qué es la Historia?* Barcelona: Ariel, 2006, pág. 60.

<sup>14</sup> Alfred Cobban, *La interpretación social de la Revolución Francesa*. Madrid: Narcea, 1971, pág. 39.

<sup>15</sup> Georges Lefebvre, *1789: Revolución Francesa*. Barcelona: Laia, 1981, pág. 48-50.

compartían edificio con los trabajadores textiles y sus rentas apenas les alcanzaban para pagar el alquiler a final de mes.

*Sans-culottes* y burguesía francesa son categorías sociales que difieren en aspectos centrales de su composición, en este caso, la concepción de la propiedad privada y las relaciones sociales igualitarias, pero no por ello se vuelven antagónicas; o, hablando propiamente, no son antagónicas en un principio. Porque debemos recordar que el *menu peuple* bebe de la ideología de la Ilustración, que conoce principalmente por la burguesía, y que es ideología burguesa, hecha por y para burgueses. En este sentido, G. Rudé puntualiza: "durante toda la Revolución, los *sans-culottes* se identificaron con una amplia gama de finalidades políticas. Esto no significa que ellos produjeran tales objetivos por sí mismos, ni siquiera que los líderes que los expresasen pertenecieran a la misma clase, socialmente hablando. Los líderes eran extraídos de los más altos niveles de la sociedad, y sin el impacto de las ideas aportadas por éstos, el movimiento popular habría quedado indefenso y estéril. Sus ideas fueron transmitidas a los *sans-culottes* por medio de agitadores, líderes secundarios, así como mediante periódicos y panfletos escritos en lenguaje popular, amén del adoctrinamiento de la Guardia Nacional, clubs y secciones"<sup>16</sup>.

El militante *sans-culotte* lleva una vida sencilla, basada en su nula capacidad adquisitiva, pero también en una concepción filosófica potente: en la sencillez está la virtud. Y es por ello que la *sans-culotterie* parisina va en contra de quienes no cumplen con esta premisa, porque sus miembros son moralizadores por vocación, y mantienen la creencia de que su modo de vida es el correcto para las virtudes republicanas. Para el militante, las virtudes privadas son el fundamento de las virtudes públicas, por lo que se debe vivir acorde a sus principios para mantener y mejorar la República.

Del mismo modo, el *menu peuple* no tiene prejuicios sociales (y si los tiene, no están tan marcados como en las clases superiores porque él mismo es objeto de prejuicios). En este sentido, primaban las uniones libres sin necesidad de matrimonio, sólo con el mutuo acuerdo entre la pareja y la convivencia bajo el mismo techo. Así, cabe destacar la insistencia con la que los *sans-culottes* pedían el igual reconocimiento para los hijos naturales y para las mujeres ilegítimas; peticiones ambas muy ligadas a la concepción popular de las relaciones, basada más en la convivencia y la realidad del día a día que en la palabra sagrada del matrimonio y sus imposiciones morales.

Los prejuicios se deben a lugares comunes impuestos por las normas y las tradiciones culturales, es decir, reminiscencias del Antiguo Régimen. Un miembro del Tercer Estado de poco montante económico sabe diferenciar perfectamente a los de su misma condición social, sabe quién tiene los mismos apuros que él con la falta de pan, sabe quién acude a las asambleas de las secciones, y sabe quién luce con orgullo la escarapela tricolor. Y puesto que conoce sus miserias, sus problemas económicos y su odio irrefrenable contra la aristocracia, lo ve como a un igual. No hay diferencias entre

---

<sup>16</sup> Georges Rudé, *The crowd in the French Revolution*. Oxford, 1959, pág. 172-209.

uno y otro, son como hermanos. En la mentalidad popular, la fraternidad es un lazo demasiado grande que escasamente puede romperse.

Y los datos así lo demuestran, pues algunos de ellos practicaban la caridad, y en las colectas promovidas por las secciones, donaban más en proporción que los ciudadanos acomodados, lo que aumenta su odio contra éstos. Como la vida merece ser austera y sencilla, quien más posee debe donarlo para el beneficio del pueblo, de los más desfavorecidos. La adopción también era una realidad frecuente en las secciones, que si tenían capacidad financiera para ello, cada año adoptaban a un huérfano. De todos los hogares que componían la sección, la criatura acababa en el primero que así lo demandase, pues los *sans-culottes* veían en ello una muestra de fraternidad y solidaridad con un igual.

Es difícil hacerse una idea del nivel de vida de un *sans-culotte* y, en definitiva, de su día a día. Los expedientes de quiebra de negocios dan algunas cifras numéricas para artesanos y pequeños comerciantes, que en general son el montante mayor del *menu peuple* parisino. El nivel de vida de un *sans-culotte* era de lo más modesto, sobre todo quienes vivían de su oficio y del pequeño comercio. Los recursos económicos de éste, aunque fuera empleado o comisario de sección, eran muy modestos, hecho que se puede comprobar en los informes de mobiliario de algunos militantes seccionarios, donde a veces figuraba lo básico.

Como advierte A. Soboul, "se notaba ya el desequilibrio entre los barrios del oeste de París y los del este y el centro. Nobles, financieros y burgueses enriquecidos habitaban suntuosas residencias, entre patios y jardines, a lo largo del arrabal Saint-Germain en la Chaussée d'Antin y en el Roule. Las clases populares, pequeña burguesía, pequeños comerciantes, artesanos y oficiales, se amontonaban en los barrios viejos, de calles estrechas sin aire y sin luz, sin que la segregación social fuera total. Los mismos viejos inmuebles acogían normalmente, del burgués al oficial, las categorías sociales más dispares: los más pobres se alojaban en los pisos superiores, y los pisos inferiores estaban ocupados por la burguesía"<sup>17</sup>. Los *sans-culottes* se alojaban en pequeñas habitaciones para toda la familia, ya fueran cuatro o cinco personas.

Respecto a los más pobres, oficiales, obreros de fábrica y población similar, habitaban en las casas amuebladas de alquiler, numerosas por aquel entonces, ya que cambiaban de residencia con asiduidad. En este sentido, el negocio de las habitaciones amuebladas estuvo marcado por una profunda crisis de los alquileres desde 1791. La emigración, el estancamiento económico, las guerras externas y las medidas represivas del gobierno, ocasionaron un éxodo importante de parisinos de todas las clases sociales. Pero a París también arribaban emigrados de otras partes del país, principalmente aborrecidos por las guerras, pero también vemos obreros y funcionarios gracias al desarrollo de la administración y a las industrias de guerra. Así, pese a que unos se marchan, otros llegan.

---

<sup>17</sup> Albert Soboul, *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*. Madrid: Alianza Editorial, 1987, pág. 215.

En penosa situación se encontraban también los pequeños comerciantes con respecto a los alquileres. En materia de alquiler, la costumbre de la época era alquilar todo el edificio a un inquilino principal, normalmente un pequeño comerciante o artesano que utilizaba el piso bajo para sus negocios o taller, ocupaba un apartamento y realquilaba los demás. Este inquilino principal era responsable ante el propietario del pago de los alquileres y del mantenimiento del edificio. Los realquilados sólo le conocían a él, puesto que era el encargado de recaudar el montante que debía entregarse íntegro al propietario.

En esta situación de crisis, los *sans-culottes* no cesaron en pedir una disminución de la tasa de los alquileres, incluso hubo secciones que abogaron por un *máximo* para éstos del mismo modo que había uno para los productos básicos. Las protestas populares en este asunto se concretaron a finales del verano de 1793, pero la Convención rehusó aplicar un *máximo* para los alquileres porque ello hubiese dañado el derecho de los propietarios.

Las subsistencias preocupan a los *sans-culottes* mucho más todavía que el alojamiento y el alquiler, y además, consumen la parte principal de sus salarios. El alimento principal del pueblo es el pan, y éste lo sabe y lo reconoce, tal y como sentencia el *Père Duchense*: "nuestro primer bien es el pan"<sup>18</sup>. Son continuas las quejas por la falta de pan, o el elevado precio de éste. La ración media del trabajador adulto se estima en tres libras, y la del trabajador niño, en una y media. En momentos de máxima escasez, la Convención llegó a dictaminar que libra y media era una ración más que suficiente para los trabajadores, y una libra para el resto de población.

La patata estaba todavía poco extendida y no contaba con el aprecio del pueblo pese a los esfuerzos de la Convención y la Comuna de París por integrarla en la dieta de éste. Por el contrario, la carne ocupaba un porcentaje nada desdeñable en la alimentación popular. Ello lo atestiguan diversas pruebas, como la infinidad de carniceros de los que se tiene información, y el descontento generalizado cuando la carne faltó a finales de invierno del año II (1792).

Por último, el vino era esencial en la alimentación de las clases populares parisinas. Mientras que éstas lo consumían en las tabernas y tascas más andrajosas, los ricos burgueses lo bebían en cafés y restaurantes elegantes. Cabe señalar el notable contingente de comerciantes de vino que se ubica en las secciones parisinas, lo que demuestra el importante papel que desempeñaron en el movimiento popular. Para el *Père Duchense*, beber agua era lo peor del mundo, y Hébert tenía opiniones similares cuando escribía sobre las intrigas de los acaparadores de vino, pues si no se ponía fin a éstas, "beberemos agua como los patos, lo que para mí es un suplicio que sólo debe reservarse a los moderados, a los aristócratas, a los realistas y a los habitantes de Champagne y Borgoña"<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup>*Ibidem*, pág. 218.

<sup>19</sup>*Ibidem*, pág. 220.

La mayoría del *menu peuple* no sabía leer ni escribir, incluso quienes ocuparon cargos en las secciones y asambleas no conocían las letras, ya que no era un requisito esencial. Ello no quiere decir que los *sans-culottes* no estuvieran marcados e inspirados por una serie de ideas que, si bien puede que no llegaron a comprenderlas del todo (o a aplicarlas de determinada manera), marcaron su devenir político e histórico en la Revolución.

En este aspecto, las sociedades populares ayudaron a la educación de sus militantes, y propusieron a la Convención la creación de escuelas y colegios nacionales donde los infantiles pudieran aprender a leer y escribir, aunque fuese a un nivel básico. Pero los problemas con las guerras externas, la crisis de subsistencia casi permanente y la falta de efectivo en las arcas del Estado, imposibilitaron este proyecto pedagógico.

Así, las secciones organizaban actividades escolares para los pequeños (y no tan pequeños), que la mayoría de las veces consistían en lecturas. El filósofo que más influyó en el pensamiento de la *sans-culotterie* parisina fue Jean-Jacques Rousseau, y era fervientemente apreciado por el pueblo, visto casi como un santo cuyas palabras y juicios eran una verdad incontestable. Había momentos en los que los militantes letrados (que los había), leían fragmentos de su obra directamente, aunque lo más frecuente era encontrar las ideas del suizo insertadas en los discursos de los clubs, como en el caso de los Jacobinos, dado que los discursos y debates que allí se desarrollaban eran publicados y leídos con asiduidad.

Pero, con diferencia, la prensa popular fue el arma cultural de la *sans-culotterie* parisina. Ejerció una influencia mucho mayor de lo que podría suponerse observando los archivos de tiradas de periódicos, pues no sólo se leía en las calles o en las casas individualmente, sino que las secciones dedicaban un tiempo determinado a comentar las noticias e ilustrar al pueblo con los problemas políticos, las decisiones de los ministros de la Convención, la guerra, las subidas o bajadas de precios...

Del mismo modo, el militante *sans-culotte* podía aprender escuchando a los lectores públicos, muy frecuentes en la época. Éstos se colocaban en sitios públicos estratégicos, como la entrada de una fábrica, en una taberna, una plaza o parque, o en las calles más concurridas. Y también podía leer, pues las calles estaban llenas de carteles pegados en los edificios con panfletos y consignas revolucionarias.

## Consideraciones políticas de la *sans-culotterie* parisina

### La soberanía popular

A pesar de su mundo popular y, no sabemos exactamente, su nivel de cultura, los *sans-culottes* estaban embebidos de la ideología burguesa dominante en la Revolución. Su autor de cabecera será Rousseau, que conocían por escritos, lecturas y discursos asamblearios. La propaganda y la publicidad son dos medios esenciales para la transmisión de ideas y noticias en esta época, y los militantes saben sacar partido de ello.

La soberanía reside en el pueblo: éste es el principio del que deriva todo el comportamiento político de los militantes populares. No es, ni mucho menos, una premisa ilógica para un pueblo poco letrado, en absoluto. En la mentalidad popular, el colectivo es quien domina, quien posee la fuerza de elección. La masa es quien ejerce la soberanía. Y los *sans-culottes* consagraron esta concepción política en la práctica, participando activamente, desde julio de 1792, en las asambleas de sección. Es así como se abolió la distinción entre ciudadanos activos y pasivos impuesta por la mentalidad burguesa para las elecciones, pues para éstos, los ciudadanos activos eran aquellos que merecían tener derechos políticos y, en definitiva, quienes debían gobernar el país; ciudadanos versados en leyes y filosofía, conocedores de los devenires históricos de las naciones y firmes defensores del desarrollo; en resumen, la burguesía misma. Por el contrario, los ciudadanos pasivos son aquellos que, si bien tienen derechos políticos por formar parte del pueblo, no los pueden ejercer por puro desconocimiento de la realidad política, porque son una masa analfabeta que acabaría votando un tirano si éste les prometiera la felicidad eterna; es decir, el *menu peuple*.

El ejercicio de la soberanía popular no podía verse interrumpido, pues es derecho del pueblo disfrutar de ésta sin restricciones y con total libertad. Y, por supuesto, la soberanía domina en todos los ámbitos políticos de la sociedad, comenzando con el poder legislativo. Para el *sans-culotte*, la ley sólo es válida cuando está hecha por el pueblo, o sancionada por él. Cuando la Asamblea Constituyente prohíbe las peticiones colectivas y pretende limitar las deliberaciones de las asambleas comunales a temas administrativos el diez de mayo de 1791, éstas se levantaron para revocar dicha propuesta. La Sociedad Fraternal de los Dos Sexos rechaza la petición con tales argumentos: "Es privar a las comunas, es decir, al pueblo soberano, del ejercicio del primer derecho público, es privarles de su existencia"<sup>20</sup>.

Por ende, la soberanía reside en el pueblo reunido en asamblea, donde se muestra y se ejerce el verdadero poder político. Es por ello que no se puede prohibir el derecho del pueblo a ejercer dicha soberanía, ni a privarle de su capacidad de rechazar o ratificar las leyes que considere beneficiosas o perniciosas para el bien común. El bien común es el bien del pueblo, y es él quien decide hacia dónde quiere caminar y cómo. En la práctica, este principio desembocó en el gobierno directo, en especial en periodos de crisis, pues son estos momentos cuando los *sans-culottes* reivindican con más fuerza el ejercicio total de sus derechos. Según un folleto del verano de 1792, en circunstancias críticas, el pueblo no debería contentarse con elegir representantes y delegar sus poderes en ellos: las asambleas del pueblo soberano debían subsistir mientras durase la Convención Nacional. "Mientras la patria esté en peligro, el pueblo soberano debe estar en su puesto, a la cabeza de sus ejércitos, al frente de sus negocios, debe estar en todas partes"<sup>21</sup>.

Así, en circunstancias excepcionales, los *sans-culottes* toman en sus manos el ejercicio del poder legislativo, por ejemplo, durante una insurrección, o en casos de vital

---

<sup>20</sup>*Ibidem*, pág. 104.

<sup>21</sup>*Ibidem*, pág. 104.

importancia, como ocurrió con la aprobación de la constitución de 1793. Del mismo modo, parece que el establecimiento del Gobierno revolucionario no minó estas aspiraciones políticas, al menos hasta *germinal* del año II (mayo de 1793). Habiendo estudiado las denuncias del año III (1793-1794), A. Soboul concluye que fueron frecuentes las afirmaciones de los derechos populares en materia legislativa<sup>22</sup>.

En la concepción popular de la soberanía, no podía haber separación de poderes: el pueblo es, a la vez, legislador y juez soberano. Esta idea no es arbitraria, ni responde a un afán acaparador de poder, sino que está íntimamente ligada a la tradición popular. Si el pueblo es quien tiene el poder y la soberanía, también es quien debe dictaminar las leyes y hacerlas cumplir, castigando en caso de que alguien no las respete. Durante el Antiguo Régimen, quienes detentaban el poder también juzgaban, ya fueran nobles, delegados religiosos o miembros de la municipalidad. ¿Por qué no iba a continuar así, ahora que el pueblo es quien tiene el poder de decisión?

Unida a esta realidad, una petición es reclamada constantemente por los *sans-culottes*, desde julio de 1789 hasta *prairial* del año III: el poder de las armas. El pueblo soberano sólo podía existir armado. En este sentido, la pica se convirtió en el símbolo del pueblo soberano en armas y del orden nuevo que nacía de la Revolución. En agosto de 1792, en un folleto se definen los pilares de la libertad, enumerando la permanencia de las secciones, la libertad de prensa, y "el libre armamento de todos los ciudadanos sin distinción"<sup>23</sup>.

### Control y revocabilidad de los cargos

De esta concepción popular de la soberanía se deriva otra consecuencia que constituyó una de las palancas de la acción popular: la censura, el control y la revocabilidad de los cargos.

El sistema electivo que defendía la burguesía no era completamente democrático, en opinión de las clases populares, pues era un sistema de elección de segundo grado, y se había instaurado una distinción entre ciudadanos activos y pasivos. La Asamblea Legislativa suprimió esta última distinción, pero el sistema electivo continuó vigente. Es por ello que las secciones más avanzadas reclamaron el sufragio universal masculino y directo.

El 21 de agosto de 1792, la sección de los Quinze-Vingts se unió a la petición de la sección de Montreuil "para pedir que no exista cuerpo electoral ninguno, y que las elecciones, cualesquiera que sean se hagan en las asambleas". Del mismo modo, el 27 de agosto, la sección de Place-Vendôme aceptó el escrutinio en segundo grado pero declarando que "en principio, todos los mandatarios del pueblo deben ser nombrados inmediatamente por el pueblo, es decir, por las asambleas", y para prevenir los inconvenientes del sufragio indirecto, los presentes votarán en voz alta y en presencia del pueblo. La sección de Bondy afirmaba que "el pueblo soberano no debe encomendar

---

<sup>22</sup>*Ibidem*, pág. 105.

<sup>23</sup>*Ibidem*, pág. 108.

a nadie el ejercicio de los derechos que no se pueden delegar sin inconvenientes, y que la representación sólo es verdadera cuando se deriva de forma inmediata de los representados".

El Consejo General de la Comuna de París sancionó todas estas peticiones, decretando el mismo 27 de agosto que los electores debían votar en voz alta, en presencia del pueblo, y que las elecciones a la asamblea electoral debían someterse a la sanción de diversas secciones<sup>24</sup>.

El sistema de elección en segundo grado, actualmente conocido como una de las modalidades del sistema electoral indirecto, es un proceso por el cual los votantes no eligen a los candidatos (en este caso, diputados a la Asamblea), sino a unos representantes, quienes se encargarán de elegir, esta vez sí, a los diputados. Y este sistema electoral puede tener diferentes grados según el número de cuerpos electorales que sea preciso elegir para determinar el resultado final.

Al no ser un sistema electoral directo, las clases populares determinaron que debía ser modificado, porque no era más que maquillaje para encubrir un sistema electoral censitario. Si los ciudadanos que tenían derecho a voto estaban ya de por sí restringidos porque se necesitaba un mínimo de edad y capacidad monetaria, los representantes que salían de esta primera votación eran un círculo mucho más exclusivo, encargados en última instancia de seleccionar a los diputados.

Todos estos pasos no solamente pretendían remediar los escollos del escrutinio de segundo grado, sino también manifestar el carácter indivisible de la soberanía popular. Fue tal la presión popular que el 12 de septiembre, la asamblea electoral decidió presentar la lista de diputados elegidos para la Convención a las secciones para que el pueblo pudiera mencionarse al respecto y votase a favor o en contra.

Para salvaguardar el principio de soberanía popular, es preciso que los elegidos sean fieles al mandato que han recibido. No se convierten en mandatos puramente imperativos, pero era otra manera de solventar los inconvenientes del sistema representativo en segundo grado. En la mentalidad popular, los diputados sólo son mandatarios, los portadores de las órdenes de los ciudadanos, por lo que deben seguir las normas de la forma más estrictamente posible (cabe señalar aquí la moralidad implícita que éstas tienen para el pueblo llano), y responder ante ellos durante el ejercicio de sus funciones en el poder.

En la mentalidad popular, la división de poderes no es concebida, por lo que los *sans-culottes* pretendieron controlar el poder ejecutivo, unido intrínsecamente al legislativo y al judicial. Las secciones no cesaron de demandar organismos y comités que vigilasen la acción de los diputados y las delegaciones gubernamentales, en un afán por mantener vivo el movimiento republicano y revolucionario ante los peligros de la Contrarrevolución y las guerras externas.

---

<sup>24</sup>*Ibidem*, pág. 112.



En este sentido, los empleados de las administraciones públicas estaban bajo jurisdicción popular, tal como afirma A. Soboul: "El derecho de las secciones a censurar a los funcionarios se afirmó en múltiples ocasiones, desde verano de 1792 hasta el invierno del año II [...] Tras el dos de junio, el ejercicio del poder por las secciones reforzó entre los *sans-culottes* la convicción de que los funcionarios dependían del pueblo y sólo de él"<sup>25</sup>. La vigilancia popular también se extendió al ámbito militar, incluso en materia de operaciones contra los enemigos de la Revolución.

### Continuidad y autonomía de las secciones

El militante *sans-culotte* se interesaba más por la política local que la general, algo entendible dado su radio de acción e influencia. Es por ello que, para un revolucionario popular, las organizaciones de base son de vital importancia, ya sean asambleas comunales, asambleas de sección o sociedades populares. Y es en este ámbito popular y gregario donde el *sans-culotte* tiene plena conciencia de sus derechos y deberes como ciudadano, del poder soberano que posee entre sus manos y la responsabilidad para con la Revolución. En este sentido, la permanencia y la autonomía de dichas secciones será una petición continua al gobierno.

La burguesía moderada dominante en las Asambleas Constituyente y Legislativa intentó frenar el movimiento seccionario popular, pues suponía un peligro para sus intereses de clase. Sin embargo, la ola democrática comenzada en 1792 y la persistencia de la crisis general sumada a la guerra favorecieron notablemente a los *sans-culottes* y sus peticiones autónomas.

En la lucha entre la Gironda y la Montaña, la permanencia de las secciones constituyó un arma electoral para el *menu peuple*, más cuando la Gironda declaró su supresión a comienzos de 1793. Por el contrario, los montañeses, con Robespierre a la cabeza, argumentaron que la permanencia debía mantenerse mientras la patria estuviera en peligro, ganándose así el apoyo de la *sans-culotterie* parisina. Cuando la Gironda desapareció del mapa político, la Montaña decretó varias leyes para contener a las secciones, como determinar los horarios de reunión y los días propicios para ello, pero las secciones no acataron tales decisiones.

Pero no todo en la permanencia eran ventajas, pues también tenía inconvenientes incluso para los propios militantes. Éstos tenían tendencia a abandonar las asambleas cuando los momentos críticos de crisis terminaban, volvían a sus quehaceres cotidianos y sus trabajos, por lo que la orientación política de las asambleas podía cambiar si sus rivales acudían con más asiduidad que ellos. Esta tendencia se verifica durante todo el Gobierno revolucionario, donde vemos que, en los momentos de crisis, las asambleas se llenan de *sans-culottes* que exigen una determinada política, mientras que en periodos de más tranquilidad, son los moderados de la pequeña y mediana burguesía quienes dominan en éstas.

---

<sup>25</sup>*Ibidem*, pág. 118-119.

El ímpetu con el que los *sans-culottes* reclamaron la autonomía y continuidad de las secciones se debe a que éstas eran vistas como la base de la política nacional. No sólo era un órgano regulador del gobierno, que podía someterlo a su voluntad cuando las leyes o decretos de éste no gustaran a los ciudadanos, sino que también era un organismo autónomo que se administraba por sí mismo, y esa independencia del poder es lo que las hacía verdaderamente revolucionarias. Compuestas por y para el *menu peuple*, debían mantenerse fieles a la deriva revolucionaria y garantizar la felicidad del pueblo.

En materia de policía es donde la autonomía de las secciones se reclamó con más fuerza. Y es lógico dentro de la mentalidad popular, puesto que no se concibe una división de poderes, la sección es el "primer tribunal" al uso, pues ejemplifica como ningún otro órgano la soberanía del pueblo en reunión. Como tal, la sección debe ser la única encargada de la ejecución de los mandatos de detención y de las investigaciones a los "malos ciudadanos", como garante de la Revolución.

### **Derecho a la insurrección**

El último recurso del pueblo soberano es la insurrección. Pese a que no era un derecho inscrito en la Declaración de 1789, la resistencia a la opresión, que sí lo era, podía derivar perfectamente en insurrección en la mentalidad popular.

Cabe advertir que la insurrección podía no ser armada, y de este modo la conciben los *sans-culottes*. Ejemplo de ello son los discursos de las secciones en momentos de tensión, como ocurrió el seis de octubre de 1792 en la asamblea general de los Gravilliers ante el no reconocimiento de las pretensiones de la Convención: "Levantémonos por última vez y mantengámonos en pie hasta que demostremos a los mandatarios que los hombres del 89, los del 10 de agosto y los del tres de septiembre último, con su actitud enérgica y consecuente, son capaces de obligarles a retornar al cumplimiento de sus deberes y recordarles nuestros derechos que tan imprudentemente menosprecian"<sup>26</sup>. Cuando el 11 de *ventôse*, los cordeleros se declararon en insurrección, pensaban más en una manifestación de masas que en una acción armada.

La insurrección es el claro ejercicio del pueblo soberano que se levanta, reniega de unas leyes que no acepta porque no las ha hecho él mismo, reclama lo que es suyo por derecho, la soberanía, y manifiesta su opinión a los diputados, quienes tienen que acatarla bajo peligro de depuración, porque son los emisarios del pueblo soberano.

Pero los medios pacíficos no siempre son eficaces, por lo que la insurrección armada es el último recurso del pueblo para imponer su voluntad. Y precisamente por ser el último recurso del pueblo, parece estar dotado de una importancia y una magnificencia tal que sigue un protocolo determinado. Primeramente, se anuncia la insurrección mediante el toque de generala y por el toque a rebato. Y este sencillo gesto anima los espíritus de los *sans-culottes*, los llena de aliento y fuerza para la insurrección, para combatir contra los enemigos de la Revolución y del pueblo, para

---

<sup>26</sup>*Ibidem*, pág. 129.

encauzar a los líderes perdidos por los laberintos del poder, para dejar su huella en la historia de Francia. Ellos, unos simples *sans-culottes*.

Desde las secciones, los militantes organizados parten hacia la Convención, con sus picas en alto como seña de identidad indiscutible y envueltos en una marabunta de gritos y canciones revolucionarias, como el himno traído por una delegación en Marsella, que desde 1789 se convirtió en el himno revolucionario por excelencia y, posteriormente, en el himno de Francia hasta nuestros días.

Con la toma de la Convención, el pueblo conecta en sí todos los poderes: puede legislar, ejercer la justicia y desempeñar todas las funciones del poder ejecutivo. Y así será hasta que la insurrección llegue a su fin. Los *sans-culottes* tenían bien interiorizada esta práctica, y así lo demuestran los documentos estudiados de las secciones: "Ya no hay autoridad, porque el pueblo está levantado, ya no hay necesidad de órdenes, sólo manda el pueblo"; "el tribunal ya no es nada porque el pueblo soberano había reconquistado sus derechos"<sup>27</sup>.

Una vez manifestado el poder que el pueblo posee, éste depone las armas y devuelve la soberanía a los mandatarios del gobierno que considera afines. Es decir, que en estas jornadas insurreccionales, es habitual que los diputados renuncien a su cargo o se vean obligados a hacerlo por petición expresa del pueblo.

Un texto del año III muestra el mecanismo de la insurrección tal como la conciben los *sans-culottes*. El once de *floréal* de ese mismo año, en la sección del Bonnet-de-la-Liberté, una muchedumbre de hombres y mujeres se encamina hacia el comité civil tras haber asediado sin éxito las panaderías vacías (es, por consiguiente, una insurrección por falta de alimentos). La masa enfurecida detiene al comité civil, y es momento de tocar a generala para, ahora sí, dar comienzo a la insurrección. El pueblo nombra a unos comisarios que juzgan la actuación de la autoridad y cree capacitados para el ejercicio. Y muchos *sans-culottes* abandonan la concentración, piensan que el pueblo ya ha demostrado su poder, y vuelven a sus casas. El resto de militantes que permanecen en el comité civil, todavía prisionero, será dispersado a medianoche, cuando las fuerzas armadas aparezcan para liberar al comité.

Vemos pues que, si bien la insurrección tiene mucha fuerza y es capaz de controlar el poder real, también es débil puesto que, además de organizar el movimiento, una vez conseguidos los objetivos, ésta se disuelve sin dejar más impronta que los nuevos mandatarios designados. La insurrección no es efectiva a medio y largo plazo, pero sí recuerda a los poderosos que el pueblo está ahí, que tiene el poder soberano y no dudará en usarlo, ya sea pacíficamente o mediante la toma de armas.

---

<sup>27</sup>*Ibidem*, pág. 131.

# La violencia popular

---

## La revuelta urbana francesa en el siglo XVIII

Mientras que la revuelta rural estuvo marcada por su sensibilidad al alza de los precios de los alimentos, especialmente de los cereales, la revuelta urbana se distinguió por su mayor variedad. Esto no significa que a los habitantes de las urbes no les preocupara del mismo modo el precio de los alimentos, y sobre todo la provisión abundante de pan barato, pero había otros desencadenantes que generaban conflictos en las populosas calles de las ciudades.

La bautizada como revuelta del hambre fue la más representativa de todo el siglo XVIII, ya con precedentes bajomedievales. En París, a diferencia de otras capitales de similares condiciones como Londres, la revuelta del hambre podía importarse desde la campiña vecina pese al esfuerzo de las autoridades por paliarla. La ciudad estaba rodeada de comunidades campesinas y aldeas, y los mercaderes migraban para vender sus productos en el mercado urbano, por lo que ambos mundos, el urbano y el campesino, se entremezclaban en uno solo.

No obstante, estas revueltas del hambre no fueron las predominantes en el suelo francés. Hubo otras formas de protesta por medio de las cuales las clases populares reclamaban mejores condiciones de vida o mayor justicia social, ya fueran manifestaciones políticas, huelgas de trabajadores de fábrica o disturbios espontáneos.

Durante la Revolución Francesa, las revueltas no cesaron, al contrario. Pero tornaron un cariz político hasta entonces inexistente, ya que los conflictos urbanos no tenían por qué ir ligados a peticiones políticas. Es decir, una hilandera parisina de una factoría nacional podía manifestarse en los albores de la Revolución para demandar una subida de salario, pero ello no implicaba que estuviera abogando por el fin del Antiguo Régimen y la entrada en escena del Tercer Estado. Fue el contexto revolucionario el que modificó la mentalidad colectiva insertando en la conciencia social una nueva dinámica de protestas políticas cuyas peticiones eran mucho más genéricas, y de éstas partirían reclamaciones concretas, como la subida de salarios o la bajada del precio del pan.

## Nuevas prácticas revolucionarias

Cuando el Tercer Estado se levantó y desafió a las clases privilegiadas, lo hizo con un argumentario nunca visto hasta entonces. Sus nuevas y revolucionarias ideas calaron del mismo modo en la población rural y la urbana, y acabaron convirtiendo las revueltas de hambre en la campiña y las ocasionales demostraciones políticas de la ciudad en grandes movimientos subversivos desarrollados en verano y otoño de 1789. Es precisamente durante el verano de 1789 cuando las *jacqueries*, revueltas campesinas medievales marcaron los primeros momentos de la Revolución con el *Grande Peur*.

A su vez, estas clásicas manifestaciones espontáneas y poco organizadas comenzaron a evolucionar en movimientos políticos más complejos gracias a la acción

de los *sans-culottes* urbanos, reflejando así la intensidad de la lucha de partidos y, en definitiva, de dos modelos sociales, políticos y culturales completamente opuestos como son el Nuevo y Antiguo Régimen, pero también la creciente experiencia y conciencia de los propios *sans-culottes*.

A lo largo de toda la Revolución Francesa, las revueltas urbanas jugaron un papel de primer orden en momentos clave, desencadenando nuevas realidades y politizando más al pueblo. Los motines afianzaban el pensamiento de la clase popular, sus prácticas y pretensiones, haciendo que ésta se politizara cada vez más. El desarrollo de las *jacqueries* campesinas está ligado al desarrollo de la *sans-culotterie* parisina, pues ésta aprendió de sus compatriotas rurales nuevos métodos de protesta.

Desde que estalla el conflicto, las jornadas revolucionarias aparecen cada año hasta 1795, momento de desaparición de los *sans-culottes* y, con ellos, la actividad popular revolucionaria. Incluso antes del estallido real, del 14 de julio, tuvo lugar un conflicto popular conocido como las revueltas de Révelliion, desarrolladas los días 28 y 29 de abril. En este caso, el pueblo se echó a las calles por una bajada de salarios fabriles, en los preámbulos de la misma Revolución.

Por aquel entonces, la burguesía confiaba en lograr sus fines sin recurrir a las masas. Pero sus esperanzas desaparecieron cuando la aristocracia se negó en rotundo a negociar y el monarca puso en marcha la defensa del Antiguo Régimen: convocó al Ejército, mandó destituir la Asamblea Nacional creada tras la escisión de los Estados Generales, sitió la ciudad de París, y reemplazó al Ministro de Finanzas Jacques Necker por considerarlo demasiado afín a la causa patriótica.

La destitución del ministro hizo estallar una revolución popular que llevaba fraguándose un año, avivada por la carestía de trigo y los altos precios de los productos básicos. Será la bautizada como toma de la Bastilla, aquel famoso 14 de julio de 1789, donde los parisinos inundaron las calles para hacerse oír y valer de una buena vez. Por fin había llegado su momento de gloria, por fin iban a tomar el lugar que les correspondía.

La destrucción de *barrières*, puestos de aduana que sitiaban la ciudad, fue el primer acto de la jornada revolucionaria. Como ya se ha mencionado, Luis XVI había ordenado rodear la capital francesa para acabar con el sueño secesionista de la Asamblea Nacional, que además contribuía a animar a la población, más exaltada que de costumbre. Pero el pueblo no se quedó ahí, no se intimidó al ver los uniformes castrenses, y comenzó a realizar incursiones en conventos y lugares *con presencia* en busca de armas. Si el Ejército tenía fusiles, ellos también. Y esta búsqueda de armas es lo que llevó a la multitud a asaltar la cárcel de la Bastilla, lúgubre fortaleza donde perecían no más de una veintena de criminales de poca monta. Pero el pueblo no era consciente de ello, y quizá tampoco del valor simbólico del edificio como ejemplo vivo del Antiguo Régimen, su lógica era mucho más sencilla y práctica: si era una cárcel, tenía que haber armas.

En un día, en un 14 de julio de 1789, la muchedumbre enfurecida, agotada y castigada de París decidió alzar la cabeza y hacerse valer, demostrar que era más que una amalgama de pobres trabajadores que sufrían por conseguir un triste mendrugo de pan que llevarse a la boca. Luchar por lo que creían justo. El 14 de abril de 1789, el pueblo parisino se hartó de reyes ineptos, aristócratas vanidosos, beatos pecadores y doctrinas medievales. El 14 de abril de 1789, el pueblo parisino escribió una nueva página en la Historia comenzando una revolución, la primera y más valiente de todas precisamente por marcar el inicio de un tiempo nuevo.

El 14 de abril de 1789, la Asamblea Nacional se salvó de los ataques reales, y el poder pasó al Comité de Electores, que estableció un Consejo Comunal, conocido con posterioridad como la famosa Comuna de París. Y el principal responsable de todos estos acontecimientos fue el pueblo de París, las multitudes parisienses, de las cuales los *sans-culottes* formaban una gran mayoría activa.

Ésta fue la primera revuelta urbana trascendental para el desarrollo político de Francia, que marcaba un antes y un después tanto en su propia historia como en la del continente y, por extensión, en la humanidad. Pero no fue la única del año 1789, pues tres meses después, en octubre, el Tercer Estado volvió a agitar la Revolución marchando hacia Versalles.

La Corte había frustrado el programa constitucional de la Asamblea, a la que seguía sin reconocer, y los patriotas organizaron una marcha hacia Versalles para demandar el apoyo del monarca, pues la idea de una república ni siquiera se concebía por aquel entonces. Al mismo tiempo, durante mediados de septiembre y principios de octubre, se había producido una crisis en el aprovisionamiento de pan, agudizada los días cinco y seis, lo que generó una revuelta de hambre a la antigua usanza, protagonizada por iracundas mujeres que rogaban precios más bajos y pan asequible para sus familias. El motín se solapó con la marcha anterior, y las féminas acabaron dirigiéndose al Palacio de Versalles también para rendir cuentas al rey y trasladarlo a la capital, para que conociera de primera mano la realidad del pueblo de París.

La gran reunión en el Campo de Marte el 17 de julio de 1791 es una muestra fehaciente de la politización del pueblo. Habían pasado dos años desde el asalto a la Bastilla, pero la vida en Francia apenas había cambiado. Además, el monarca mostraba sus intenciones de no aliarse con la causa patriótica, lo que llevó a una gran parte del Tercer Estado a oponerse a él y exigir su abdicación en la figura de su hijo. Las voces que soñaban con una república todavía eran demasiado débiles para resonar con fuerza en las cabezas del pueblo parisino.

Días atrás se había producido uno de los episodios más famosos de la Revolución: la fuga de Varennes. Luis XVI y su familia habían sido atrapados intentando huir del país hacia Austria, patria de María Antonieta, en un intento por salvarse del viraje revolucionario que llevaba instalado en Francia dos años, y que no tenía visos de acabar.

En esa concentración, el pueblo pidió la abdicación del monarca ante su ineptitud y su falta de compromiso con la causa nacional, pues la Revolución se veía ya imparable e irrevocable. La Guardia Nacional, siguiendo órdenes, cargó contra los manifestantes, siendo la mayoría de ellos *sans-culottes*. La violencia de la situación, donde escasamente murieron una decena de personas, causó un profundo malestar dentro de la recientemente formada *sans-culotterie*, ahondando y marcando las primeras diferencias entre ésta y los patriotas burgueses.

El resultado final para Francia fue la instauración de una nueva monarquía constitucional, pues el monarca se vio obligado a jurar la constitución creada por la Asamblea Nacional el tres de septiembre de ese mismo año. Pero este nuevo régimen político no gustaba a ambas facciones, los realistas y aristócratas por un lado, y los revolucionarios burgueses por otro. Para unos, era una ofensa a la virtud del monarca tener que verse superado por un texto sin legitimidad alguna; para otros, el rey había demostrado ser un traidor y no merecía dirigir el rumbo de Francia hacia una nueva realidad política.

Cuando la situación se hizo insostenible, los *sans-culottes* fueron los primeros en actuar. La guerra contra Francia había estallado, y una coalición de países monárquicos se cernía sobre ella para invadirla y reponer al monarca en sus funciones de nuevo, para borrar de un plumado la Revolución y erigir el modelo del Antiguo Régimen que primaba en el continente. Luis XVI estaba a favor de la guerra por motivos obvios, creía que Francia sería derrotada y él volvería al trono, y su opinión belicosa la secundaban otros grupos políticos como los girondinos y los cordeleros. Los jacobinos se opusieron a ella, alegando que sería fatal para la Revolución entrar en guerra contra casi la totalidad de Europa.

Cuando los rumores de la inminente guerra se convirtieron en el día a día, el *Manifiesto de Brunswick* del 25 de julio provoca la reacción de todo el pueblo parisino, incluida la de los jacobinos reticentes al conflicto. El Tercer Estado no iba a dejarse pisotear por una manada de realistas extranjeros, no iba a ceder ante sus amenazas, y defendería a capa y espada lo que tanto sufrimiento y dolor les había costado construir. La Revolución era una, y era la realidad de Francia. Francia era la Revolución, y ellos, sus protectores.

Los *sans-culottes* decidieron pasar a la ofensiva, reunidos en las secciones revolucionarias, ya más adoctrinados y con más experiencia política que en 1789, con líderes propios que, si bien la mayoría del discurso revolucionario la compartían con jacobinos y girondinos, había otros muchos puntos discordantes que los convertían en subversivos y protagonistas en marcar su propio ritmo de actuación sin someterse a las decisiones de nadie.

En la madrugada del diez de agosto de 1792, dos columnas de *sans-culottes* acompañados por guardias afines a la causa patriótica se dirigieron hacia el Palacio de las Tullerías, nueva residencia del monarca desde su jura de la constitución. El edificio estaba protegido por la Guardia Real, algunos miembros todavía leales al rey, y unos

800 guardias suizos, miembros de la Casa del Rey que se ocupaban de la vigilancia de patios y jardines del recinto palaciego.

Antes del estallido del conflicto, la familia real abandonó el palacio por su propia seguridad, pero los soldados realistas se negaron a rendirse y comenzó una cruenta lucha entre el pueblo de París y sus bayonetas uniformadas, donde acabaron siendo masacrados, descuartizados, y con sus cabezas ensartadas en picas como muestra del poder popular que todo lo podía. Era una acción violenta e innecesaria, pues el monarca no permaneció en palacio durante la jornada ya que se refugió en la Asamblea, pero el *menu peuple* continuó con el asalto hasta conquistar las Tullerías. El objetivo principal era derrocar al monarca, ahora ya con la pretensión de instaurar una república, pero también se trataba de una muestra de poder. Una demostración de la fuerza de los *sans-culottes*, que defenderían su tierra y su patria de los traidores realistas e invasores extranjeros.

El pánico se extendió entre la población francesa cuando las tropas prusianas asaltaron Longwy el 23 de agosto, mientras Verdún, que permanecía asediada, también parecía caer en manos extranjeras (y realistas). Y como una enfermedad que va minando el aparato republicano, de repente se comenzó a pensar en un enemigo interno aliado con el extranjero. Un traidor.

Y sólo podía haber un traidor a la patria: el contrarrevolucionario.

Encarcelados debido a la represión llevada a cabo por la Convención al alzarse con el poder, el Tercer Estado los vio como culpables, traidores, conspiradores y aliados de los realistas porque, en definitiva, ellos también lo eran. Daba igual qué rey fuera, daba igual qué rey sustentaban: el problema radicaba en eso, en que lo sustentaban. Y los *sans-culottes* no dudaron ni un segundo: había que poner fin a la conspiración sin cortapisas.

Las masacres de septiembre, como así se las conoce, comenzaron con el degüello de 23 sacerdotes prisioneros en la cárcel de Abadía a manos de unos federados marseleses y bretones. Otros 150 religiosos, que permanecían encarcelados en el convento de las Carmelitas, fue masacrado sin contemplaciones.

Las matanzas duraron cinco días, y Jean-Paul Marat, miembro del Comité de Vigilancia encargado de mantener la Revolución viva, pretendía extenderlas por toda Francia. Se llevaron a cabo ejecuciones en Orleans, Meaux o Reims, pero los asesinatos en las provincias fueron mucho menores en proporción con los realizados en la capital. Es difícil conocer los datos con seguridad, pero se calcula que unas 1.400 personas fueron asesinadas durante esas fechas.

Estas jornadas son uno de los periodos más controvertidos de la Revolución, donde la Historiografía no consigue ponerse de acuerdo. El papel jugado por el Gobierno sigue siendo un tema de debate, pues existe una estrecha línea que es muy difícil de definir en lo que respecta a la actuación gubernamental y la de las clases



populares que, en última estancia, fueron las ejecutoras. Fueron los *sans-culottes* los que degollaban curas y asesinaban realistas encarcelados a golpe de pica. Hay autores que culpan a la Convención, especialmente a Marat y Danton, de organizar toda una campaña agitativa para encauzar el movimiento popular, que se veía independiente y díscolo<sup>28</sup>. Otros autores, en contraposición a los anteriores, afirman que las masacres de septiembre fueron un movimiento completamente espontáneo y popular, donde el Gobierno no tuvo nada que ver salvo a la hora de mantener las apariencias y certificar las muertes de los contrarrevolucionarios.

### El antes y el después: septiembre de 1793

Quizá la *journée* revolucionaria más trascendental fue la desarrollada en los días cuatro y cinco de septiembre de 1793, ya con el Gobierno revolucionario en el poder plasmado en la figura de la Convención y Robespierre a la cabeza del mismo. Y supone la plasmación misma de una realidad de importancia vital para el estudio de la Revolución Francesa: *sans-culottes*, montañeses y jacobinos no eran lo mismo.

La crisis de subsistencia que atravesaba la capital fue el detonante de las jornadas revolucionarias, y es por ello que éstas quizá deberían encuadrarse dentro del grupo que analizaremos con posterioridad, el de las revueltas del hambre, pero las connotaciones políticas son tan acusadas que creo firmemente que deben tratarse en este apartado.

A pesar de la ley promulgada el cuatro de mayo de 1789, que obligaba a todos los departamentos del Estado a dejar circular libremente las subsistencias dentro de un contexto que podríamos calificar de federalismo económico, los departamentos vecinos a París bloqueaban el trigo y la harina que llegaba a la capital, dejándola en una situación crítica ya en verano. Era tal la catástrofe que desde la Convención se proponía a la ciudadanía que no fuese a comprar pan a las panaderías, que adquiriese la harina en el mercado y cocinara su propio pan en los hornos comunales distribuidos por la urbe.

Pero los *sans-culottes* no aguantarían una situación así, y se plantaron. Reunidos en sus secciones, demandaron, a fecha dos de septiembre, la instauración de dos máximos generales de precios, uno para los productos alimenticios de primera necesidad y otro para las materias primas. También se propuso un máximo a las fortunas con el fin de que desapareciera la desigualdad social. A sus ojos, prevalecía el derecho a la existencia firmado en la constitución que la economía del gobierno. El clima de miedo, la escasez de subsistencias y el avance del enemigo realista (porque Francia aún estaba en guerra con el exterior) favoreció la explosión popular del cuatro de septiembre.

A las cinco de la madrugada, albañiles, carpinteros y otros obreros llenaron los bulevares hacia la sección de Mont-Blanc. Del mismo modo, la sección de Théâtre français invita a todos los ciudadanos (sin armas) a unirse a la manifestación para

---

<sup>28</sup> François Furet, *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona: Petrel D. L., 1980.

demandar subsistencias a la Comuna de París y a la Convención. La patrulla policial decide salir a las calles para evitar desórdenes, dada la magnitud de la concentración.

El movimiento obrero, al que se unen ebanistas y madereros, avanza por el cuartel de Montmartre hacia las 11 de la mañana. Por el camino, los manifestantes animan a otros obreros a unirse a la marcha, que desemboca en la Comuna hacia las dos de la tarde, donde alrededor de 3000-4000 personas demandan acceso al pan y una subida de salarios. Desde la propia Comuna se insta a acudir a la manifestación, pues había invitado a cerrar los talleres salvo los de guerra por cuestiones obvias.

Entre los propios *sans-culottes* participantes se crea una delegación obrera que se reúne con la Convención esa misma tarde, que aprueba el máximo para los productos de primera necesidad. A petición de las secciones, las panaderías abrirán a las cinco de la mañana y se venderá el pan a cinco libras para evitarse colas innecesarias y promover que todas las familias adquieran este producto alimenticio básico. Y para demostrar que no cederían en sus demandas, las secciones mantuvieron la manifestación al día siguiente, tan multitudinaria como esta primera.

Pero en estas jornadas revolucionarias, el movimiento popular no sólo reclamó subsistencias, sino también nuevas leyes agrarias para paliar la penosa situación del campo, ya que la reforma agraria promovida por la Convención no acababa de implantarse no tanto por problemas logísticos como de sabotaje e intervenciones externas.

Como solución, Pierre-Gaspard Chaumette propuso la creación de una armada revolucionaria que recorriera todo el país en busca de los acaparadores de grano. Pero no fue invención del diputado hebertista, pues esta petición ya la habían propuesto las 48 secciones de París al inicio de la guerra, pero para proteger la patria del peligro contrarrevolucionario. Ahora, la armada serviría para hacer cumplir las leyes del Ejecutivo en materia económica. La armada se erigió como controladora de la aplicación de las leyes agrarias, pero también de las leyes en general. A su vez, tenía un objetivo político: defender la República de la amenaza de federalistas y realistas.

Pero la *sans-culotterie* no se queda aquí, y reclama, al mismo tiempo que la creación de esta armada revolucionaria, la introducción del Terror como medio supremo para conseguir la repartición equitativa de grano, sobre todo en París, y el mantenimiento de la República, que se veía constantemente atacada por dos flancos completamente diferentes. El Club de los Jacobinos apoyó esta moción.

No cabe duda que las jornadas de los días cuatro y cinco de septiembre se impregnaron de un importante cariz popular, nacieron del mismo pueblo ejerciendo sus derechos democráticos reunido en las secciones. Pero el trasfondo político es enorme, pues el máximo general de los productos se incluye dentro de la ideología promovida por la Convención. Los *sans-culottes*, tras cuatro años de Revolución, habían aprendido a defender sus derechos, e incluso a expandirlos a otros ámbitos como sucedió en este

caso, donde el derecho a las subsistencias se insertaba dentro de un marco mayor como es el derecho a la existencia enunciado en la nueva constitución.

Este proceso de aprendizaje y politización popular alcanzó su culminación en la gran insurrección de *prairial* del año III (20-23 de mayo de 1795). Las primeras escaramuzas habían tenido lugar un mes antes, cuando la Convención fue invadida por una furiosa multitud de *sans-culottes* que pedía pan a gritos, pues el problema de las subsistencias volvía a aparecer como si fuera una enfermedad patológica de la República.

Los asaltantes fueron expulsados de la Convención por la Guardia Nacional, pero a medida que la situación empeoraba, los disturbios en calles y mercados aumentaban hasta el estallido definitivo el 20 de mayo. Y se trató de una manifestación militar y política con objetivos claramente definidos, no era una amalgama de trabajadores con el único propósito de encender los ánimos contra el nuevo gobierno *thermidoriano*.

El *menu peuple* no tenía dudas respecto a sus peticiones: liberar a los prisioneros políticos apresados con la caída de Robespierre, restablecer la Comuna de París, poner en vigencia la constitución de 1793, y reimplantar de nuevo el *máximo* para los alimentos básicos. Y a diferencia de otras jornadas, como las de 1789 o 1793, los *sans-culottes* actuaron por su propia cuenta, utilizando consignas y lemas salidos de las secciones, donde ya había líderes preparados y experimentados en el arte de la Política y la Retórica.

Si bien los manifestantes invadieron las calles de nuevo, fueron salvajemente reprimidos por el nuevo gobierno burgués. Intentaron reorganizar sus fuerzas en el barrio de San Antonio, pero un ejército regular leal al gobierno les hizo frente. Para evitar una masacre, ambas partes firmaron un armisticio. Pese a todo, la derrota fue seguida de una severa cadena de represiones y proscripciones políticas.

Y el movimiento *sans-culotte* murió súbitamente.

### **Antiguas formas de protesta: las revueltas del hambre**

Como ya se ha comprobado anteriormente, uno de los grandes problemas (casi endémicos) de la Revolución Francesa fue la provisión de alimentos baratos y abundantes. Es por ello que la falta de alimentos estuvo siempre presente en las *journées* revolucionarias exceptuando la del Campo de Marte de 1791, donde únicamente se rogó por la abdicación de Luis XVI.

En este nuevo marco en el que nos encontramos, en la Revolución Francesa, no podemos olvidar que las formas tradicionales de protesta se mezclan con las modernas, como las manifestaciones y asambleas de carácter más político, porque los constructos culturales no varían tanto, o mejor dicho, evolucionan a un ritmo mucho más lento que las ideas políticas. Si bien la realidad estaba cambiando a pasos agigantados, suprimiendo los estamentos y el Antiguo Régimen, la mentalidad de la sociedad se

debatía entre la modernidad venidera y el pasado estanco que había dominado hasta entonces. Con ello no quiero decir que las realidades pasadas fueran peores o de menor categoría, pero no podemos obviar que la sombra de la Medievalidad traspasa la banal frontera del siglo XV y sigue impregnando el día a día de los ya ciudadanos del siglo XVIII.

Dentro del marco de crisis de subsistencias que se vivió durante toda la Revolución Francesa, exceptuando quizá el final de la misma con el Directorio, la combinación de varios factores provocó la oleada revolucionaria de 1792: las malas cosechas, la devaluación del papel moneda promovido por el Gobierno y la inflación económica durante la guerra, iniciada tras abril de ese mismo año.

En la capital, el motivo de la crisis era la devaluación del asignado, el papel moneda emitido por la Asamblea Constituyente para pagar las amortizaciones realizadas al clero a comienzos de la Revolución. En lugar de utilizar francos, completamente devaluados, la Asamblea pagó a los contribuyentes en esta nueva moneda, pero a causa de la inflación, el asignado perdió completamente su valor y en 1795 se retiró del mercado.

Pero el problema económico y de subsistencias era permanente, era el fondo de la cuestión, pero no fue la mecha que hizo estallar el conflicto. Si bien el precio de la harina y del cereal en general seguía subiendo por la escasez de éstos, fue la falta de azúcar y otros productos coloniales la que desató la rabia de las clases populares<sup>29</sup>. El *menu peuple* irrumpió en los negocios y en depósitos comerciales exigiendo precios más bajos, manteniendo disturbios en la ciudad durante los meses de enero y febrero de 1792.

No debe extrañarnos esta reacción, era la práctica habitual en las revueltas del hambre. Era el modelo de actuación del pueblo, que veía como enemigos y acaparadores a los propios comerciantes y mercaderes. Y no se trataba de una reacción ilógica e irracional, entraba dentro de la mentalidad medieval. Mercaderes, comerciantes de grano y demás profesiones relacionadas con el abastecimiento estaban sometidas a unos escrutinios sociales muy extensos, donde primaban los prejuicios, como demostró Carlo Ginzburg con los molineros<sup>30</sup>.

En febrero, el precio del azúcar había llegado al doble, así como el café y otros productos básicos como el jabón y las velas de sebo. Prácticamente la totalidad de las secciones parisinas estuvo implicada en el conflicto, instando a sus miembros a invadir y controlar los puntos de venta, reduciendo forzosamente el precio.

Y es este hecho, imponer el precio que los *sans-culottes* veían justo por encima del valor de mercado, lo verdaderamente interesante del suceso. No es un hecho aislado,

---

<sup>29</sup> Se había desatado una guerra civil en las Indias Occidentales entre plantadores y nativos.

<sup>30</sup> Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Península, 2013.

porque la regulación de los precios por medio de revueltas pertenecía a la tradición francesa del Antiguo Régimen conocida como *taxation populaire*<sup>31</sup>.

Como afirma G. Rudé: “pese a este elemento de continuidad, es evidente que el clima político y la mentalidad popular habían cambiado mucho desde 1789”<sup>32</sup>. La situación de crisis permanente y el conflicto social continuado promovido por el propio desarrollo de la Revolución había abierto una brecha más profunda entre las clases sociales, entre ricos y pobres; y las implicaciones políticas surgidas durante el periodo son muestras de ello. Ahora, el pueblo tenía una base ideológica en la que sustentar sus demandas pasadas.

Las revueltas del hambre siguieron desarrollándose a lo largo del año, con notable éxito además, y acabaron contribuyendo a la creación de la *Ley del Máximo General* aprobada el 29 de septiembre de 1793. Era una propuesta de la Convención, pero hasta que los *sans-culottes* no salieron a la calle demandándola durante las jornadas, no se hizo efectiva. Estuvo 15 meses vigente, y cuando fue derogada con el gobierno termidoriano, el *menu peuple* la demandó constantemente, así como la vuelta del Terror.

No era una petición baladí, no eran revolucionarios extremistas que pretendían instaurar alguna variante de dictadura popular. Eran *sans-culottes*, un pueblo agotado de la guerra con un enemigo que le superaba en número y en recursos; extenuado tras años y años de una revolución histórica que había alcanzado una democracia social tan deseada como efímera; abatido al ver como su principal aliado se desligaba del camino común y abrazaba el del enemigo. Un pueblo harto, malherido, pero jamás abatido. La Revolución había marcado un nuevo comienzo, había brindado la oportunidad de reescribir la Historia, y una oportunidad así no se podía desaprovechar.

### **Las *compagnonnages* y la problemática salarial**

A lo largo de todo el siglo XVIII, Francia se fue industrializando, siguiendo la estela inglesa. Pero la revolución industrial que se vivió en el país galo no tuvo nada que ver con aquella por las profundas diferencias socioculturales de ambos territorios. La mecanización estaba en sus comienzos, y todavía no se habían creado las modernas ciudades con centros fabriles. Tejedores e hilanderas dominaban la producción industrial, mientras que la artesanía seguía regulada estrictamente por los gremios salvo en las zonas libres. Las distinciones entre maestros, oficiales y aprendices todavía eran una realidad, como ocurría en la mayoría de países católicos de Europa.

Junto a los gremios estaban las cofradías de oficio<sup>33</sup>, otra organización por la que la Iglesia intentaba impregnar el espíritu cristiano y controlar la vida pública con el apoyo de los poderes terrenales. Generalmente, habían sido más religiosas durante la

---

<sup>31</sup> Georges Rudé, *La multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Madrid: Siglo XXI, 1989.

<sup>32</sup> *Ibidem*, pág. 132.

<sup>33</sup> A veces, el gremio había nacido de una cofradía; otras veces, ésta era posterior a aquél.

Edad Media, encargadas de realizar actos de devoción y caridad, así como penitencias y peregrinaciones<sup>34</sup>.

Pero en Francia –no exclusivamente– también contamos con otra forma de organización laboral conocida como *compagnonnages*, asociaciones de obreros y artesanos en las que se transmitían los saberes y las artes de generación en generación de una forma casi secreta, muy unidas a la masonería, que durante el siglo XVII experimentó un auge en el país galo.

Desde comienzos del siglo XVIII, las *compagnonnages* ven aumentado su poder, y como organización, promueven actos favorables a los obreros<sup>35</sup>: impulsan huelgas, controlan las contrataciones en las ciudades donde tienen un peso remarcable, establecen prohibiciones contra los maestros gremiales más recalcitrantes, e incluso llegaron a amenazar ciudades enteras privándolas de toda posibilidad de contratación y desencadenar una quiebra generalizada. Pese a todo, dentro de estas organizaciones obreras había constantes luchas internas que minaban su capacidad de actuación.

Si bien las disputas laborales no fueron acontecimientos tan destacados como las revueltas del hambre o las manifestaciones políticas, cabe señalar que tampoco fueron desconocidas. Es un hecho comprensible porque París todavía era una ciudad medieval, apenas había industria, y la que había, estaba compuesta principalmente por manufacturas textiles. Los gremios seguían teniendo un peso importantísimo para artesanos y demás oficios.

Las primeras revueltas laborales de las que se tiene constancia se desarrollaron en agosto y septiembre de 1789, al calor inicial de la Revolución. Surgieron a raíz de la propia dinámica revolucionaria y la crisis que ésta generó en verano, obligando a numerosos negocios (panaderos, boticarios, zapateros...) a cerrar. Los trabajadores también demandaban una subida de salarios, amén de otras ventajas laborales, al calor de esta situación de crisis, pero la Asamblea rechazó todas sus peticiones, especialmente la subida de salarios.

Durante la primavera y el verano de 1791, una nueva oleada de protestas barrió la capital de Francia, y a diferencia de las anteriores, se trató de un movimiento salarial. Desde el estallido de la Revolución, la oferta de trabajo se había visto reducida drásticamente, y los salarios apenas habían aumentado.

Así, multitud de gremios y corporaciones se unieron en protesta contra la Asamblea Nacional, que respondió con la *Ley Le Chapelier*. Ésta declaraba ilegales todas las concentraciones obreras, ya fueran hermandades, *compagnonnages* o gremios, y perseguía a los trabajadores que promovían huelgas, la nueva forma de protesta de las sociedades industriales. Los disturbios fueron reprimidos, y los trabajadores no

---

<sup>34</sup> Jean Jacques, *Las luchas sociales en los gremios*. Madrid: DL, 1972, pág. 65.

<sup>35</sup> Dentro del organigrama gremial, las *compagnonnages* estaban compuestas por aprendices y oficiales generalmente.

consiguieron sus demandas. Además, dicha ley estuvo vigente durante 100 años, y ni siquiera durante la democracia jacobina hubo mención de abolirla.

Pero sin duda, el movimiento obrero que más resultados obtuvo se desarrolló en 1794, y desempeñó un papel fundamental en el posterior derrocamiento de Robespierre del gobierno. Gracias a la aplicación del Máximo General en septiembre del año anterior, los precios de los productos básicos se regularon al mismo tiempo que los salarios aumentaban. La falta de trabajo se solventó con el decreto de una leva en masa al calor de la guerra contra las potencias absolutistas. Estas medidas, favorable al pueblo parisino, iban en contra de los intereses de medianos y grandes productores, que presionaron a la Convención hasta que ésta comenzó a regular los precios a su favor, ya en diciembre.

Del mismo modo, las actividades de la *sans-culotterie* fueron cada vez más restringidas por el problema que suponían, al convertirse en agentes independientes de la política del gobierno capaces de hacer peticiones que contravenían los propios intereses de la Convención, pues ésta no dejaba de estar constituida por la burguesía francesa. Dentro del gobierno también se produjo una lucha interna, y los jacobinos y montañeses acabaron destruyendo el ala hebertista, que en definitiva era la oposición.

Así, el *máximum* sobre los precios fue liberado en marzo, de manera que los precios subieron, produciendo disturbios en los mercados parisinos. Hébert y sus partidarios fueron ejecutados un mes después, lo que causó una fuerte conmoción popular; la Comuna fue depurada y todos los agentes contrarios al gobierno desaparecieron. Los *sans-culottes* también sufrieron la represión de la Convención, y numerosas sociedades populares fueron clausuradas<sup>36</sup>.

Pese a que el desencadenante del brote revolucionario fue la nueva tarifa de salarios, no debemos perder nunca la perspectiva de una crisis general de subsistencias, además de la continua guerra en defensa de la Revolución. La Comuna publicó los nuevos salarios, y la rabia se adueñó de los trabajadores al descubrir que su sueldo se había visto recortado a la mitad, beneficiados doblemente por el alza de éstos meses antes y la escasa mano de obra gracias a la leva en masa promovida por el gobierno.

Por si fuera poco, las divisiones entre el Comité de Salud Pública y el de Seguridad General se hacían cada vez más patentes. Robespierre, durante días en el Club de los Jacobinos, denunció las intrigas que envenenaban la Convención, así como las enemistades entre los diputados. Éstos, ofendidos al verse denunciados públicamente, urdieron el complot que acabó por arrestar a Robespierre y sus allegados, encarcelados el 28 de julio de 1794, y guillotinado aquella misma tarde.

El papel que jugó el pueblo parisino durante estas jornadas conduce a debate. Robespierre había sido una figura controvertida desde su subida al poder, y lo seguirá siendo por el legado que nos dejó. En él se personifica la Revolución más democrática,

---

<sup>36</sup> En la práctica, los *sans-culottes* no respetaron los decretos y continuaron reuniéndose en las secciones.

el periodo jacobino, pero su trasfondo y conciencia no deja de ser burguesa. Y las mismas diatribas tenía el *menu peuple* con respecto a la cara visible de la Convención.

El peso que soportaba sobre sus hombros era demasiado grande para una sola persona. Había salido victorioso tras la radicalización de 1792, había instaurado el Terror, había decretado una leva en masa para ganar la guerra contra el invasor, había promovido una democratización de la vida pública e incluso la instauración de un nuevo culto a la Razón. Pero, a ojos del pueblo, les había fallado. Robespierre les había traicionado.

Ver rodar la cabeza de Robespierre por el frío suelo de la plaza pública provocó una alegría y un jolgorio en toda Francia. Meses después, las clases populares pedían la puesta en vigencia de la constitución de 1793 y la instauración del Terror y el Máximo General para asegurarse la subsistencia. Un año después, las clases populares enmudecieron durante décadas.

### Las últimas luchas

El nuevo gobierno de la Convención era más restrictivo y burgués que la Asamblea Legislativa de 1791, con unos nuevos ideales que rechazaban los de 1793 pero también los de 1789. Querían acabar la Revolución después de haber vivido una dictadura jacobina con terroristas<sup>37</sup> en el poder, donde el pueblo se había descontrolado y había ejercido su derecho a opinar y votar, participar en la vida pública. Un derecho que no tenía.

Con esta nueva política, las luchas internas y externas se apoderaron de la Convención durante la primavera de 1795, que marcaron el final de los *sans-culottes* durante *germinal* y *prairial* –abril y mayo.

Como venía ocurriendo, la protesta de *germinal* aunó toda una serie de sensibilidades políticas y sociales en contra del gobierno. Tras el cierre del Club de los Jacobinos el 16 de octubre de 1794 y una ley muy restrictiva en cuanto a las sociedades populares, el *menu peuple* se distanciaba cada vez más de las élites dirigentes, a su vez exasperado por la crisis económica y de subsistencias, agudizada tras el abandono del *máximo*. Las diferencias sociales, al contrario de lo que se pretendía –durante la etapa jacobina–, habían aumentado.

Las panaderías no daban abasto, vacías por la escasez de cereal, y las colas de mujeres crecían como la espuma mientras esperaban una mísera barra de pan. Contrariamente a su situación, las pastelerías y los cabarés estaban repletos de delicias carísimas sólo al alcance de unos pocos. Con este clima, el pueblo aunó de nuevo sus fuerzas para demandar a la Convención y los comités alimentos y la instauración de la constitución de 1793, además de la liberación de los presos encarcelados tras *thermidor*. Era, por tanto, una revuelta con doble naturaleza, como había sido habitual durante toda

---

<sup>37</sup> Tras la caída de Robespierre, los jacobinos y los diputados de la Montaña fueron tildados de terroristas por los demás grupos parlamentarios.



la Revolución. Para los *sans-culottes*, el derecho a la existencia –a alimentarse– era uno de los derechos naturales de todo ser humano.

El estallido del conflicto tuvo lugar el 27 de marzo en las secciones revolucionarias, que se negaron a respetar la ley y organizaron un asalto a la Convención, realizado el uno de abril a manos de una muchedumbre enfurecida. Gracias a la Guardia Nacional, el gobierno pudo contener al pueblo y reprimió con fuerza las insurrecciones y endureciendo aún más su política restrictiva en lo referente a las asambleas populares.

Siete semanas después tendría lugar la última jornada revolucionaria protagonizada por el pueblo; la última, pero también la más interesante. A diferencia de lo que se había producido durante la Revolución, en esta revuelta, los *sans-culottes* se organizaron bajo un panfleto<sup>38</sup> redactado por presos políticos bajo el que plasmaban sus peticiones. Era la primera vez que un hecho así tenía lugar, ya que anteriormente, eran los líderes de las asambleas y secciones quienes lanzaban las premisas a viva voz. Eran revueltas orales, y esta vez, el pueblo había aprendido otras técnicas agitativas. La prensa había sido un arma desde los inicios de la Revolución, pero ahora cobraba un cariz mucho más político.

En dicho panfleto, el pueblo pedía la derogación del gobierno, libertad para los presos, y el restablecimiento de la constitución de 1793. Además, se convocaba a los ciudadanos y ciudadanas a una manifestación ante la Convención el día 20 de mayo –primero de *prairial*. Se trataba de una nueva forma de hacer política, mucho más organizada y controlada, estructurada y con unos objetivos claros. La *sans-culotterie* invitaba a todo el Tercer Estado a unirse a sus filas y reclamar, conjuntamente, los derechos arrebatados.

El pueblo había conseguido experiencia después de seis años de luchas incesantes. Había aprendido a *hacer* la revolución. Y muestra de ello es el lenguaje empleado en el panfleto, donde se defendía a la Montaña pero no aparecían ni el Terror ni Robespierre, siguiendo la línea de los enfrentamientos producidos en el gobierno ante el desmantelamiento del aparato terrorista jacobino<sup>39</sup>.

Pero en la manifestación, el antiguo ceremonial de la revuelta popular medieval aparecieron cuando las masas, desorganizadas y sin un objetivo fijo, irrumpieron en la Convención y asesinaron a un diputado como reacción a las primeras cargas de la Guardia Nacional. Y como muestra de esa violencia social inherente y aceptada, presentaron la cabeza del muchacho hincada en una pica al presidente de la Asamblea. La Montaña reivindicaron la insurrección, pero las tropas militares consiguieron detener a 15 diputados y frenar el movimiento popular, aplastando las revueltas que siguieron durante días en los barrios más pobres de la capital.

---

<sup>38</sup> La octavilla llevaba por título *Insurrección del pueblo para obtener pan y reconquistar los derechos*.

<sup>39</sup> Irene Castells Oliván, *La Revolución Francesa (1789-1799)*. Madrid: Síntesis, 2014, pág. 220.

La Convención lo tuvo claro: el pueblo era peligroso, no debía tener derechos políticos porque no sabía gozar de ellos. Era una masa descontrolada e irracional que se guiaba por las pasiones más que por la lógica humana. Daba igual el trasfondo de sus luchas, el peso que habían aguantado sobre sus hombros durante seis largos años de Revolución, las hambrunas que assolaban las calles de París. Daban igual sus motivos, porque sus construcciones teóricas eran, de partida, erróneas. La Revolución había sido una, y debía acabar.

La jornada insurreccional finalizó con 36 guillotizados; 19 eran gendarmes afines al pueblo, cinco fueron acusados de asesinato, seis juzgados como organizadores del complot, y otros seis diputados de la Montaña por apoyarlo<sup>40</sup>.

Y junto a esos 36 simbólicos ajusticiados, el pueblo parisino murió con ellos.

---

<sup>40</sup>*Ibidem*, pág. 221.

# Conclusiones

---

No cabe duda de que revoluciones ha habido muchas a lo largo de la historia, pero cuando oímos hablar de la Revolución, con mayúsculas, sabemos que se está tratando la Revolución Francesa. Con esto no se pretende menospreciar el resto de movimientos subversivos, ya que “hacer” una revolución no es algún tipo de competición donde unos ganan y otros pierden. Pero sí hay que analizar los hechos con perspectiva histórica, y la Revolución Francesa fue pionera –quizá no en el tiempo– tanto en contenidos ideológicos como en modelos de actuación.

Las originales doctrinas de las Luces configuraron una nueva mentalidad social que afectó a todos los órdenes de la sociedad francesa, incluido el pueblo llano. Esa muchedumbre colectiva y anónima se alzó en armas y reclamó lo que creía justo para su causa. Y dentro de ese multitudinario Tercer Estado, dentro de ese *menu peuple*, los trabajadores configuraron un grupo social que condujo, durante un corto pero intenso periodo, la Revolución.

Los *sans-culottes* parisinos llenaron las calles y las nuevas instituciones –a partir de 1793– porque se creían legitimados para hacerlo. El Antiguo Régimen había sido derrocado, todo el aparato absolutista había desaparecido, empezando por la degollada cabeza de Luis XVI, y comenzaba una nueva era en la que el pueblo, los trabajadores y artesanos de las clases populares, decidirían el rumbo de la floreciente República.

Armados con picas y ataviados con gorros frigos, los *sans-culottes* desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de la Revolución, comenzando por la simbólica toma de la Bastilla en verano de 1789. Por aquel entonces, todavía podían ser considerados como una muchedumbre enfurecida, pero con el paso de los años, fueron evolucionando hasta convertirse en verdaderos protagonistas subversivos que, a golpe de revuelta urbana, trataban de imponer sus premisas.

Y esta violencia no es irracional, pues responde a unos motivos muy claros que, si bien eran medievales, continuaban muy presentes en la mentalidad de las poblaciones del siglo XVIII. El instinto nivelador que impulsaba a los pobres a luchar por cierto grado de justicia social, la antipatía hacia el nuevo modelo económico capitalista, y la creencia del rey como un *padre* del pueblo subyacen como causas de las revueltas, y comparten importancia con las cuestiones puramente económicas o ideológicas.

Desde sus pésimas condiciones laborales y económicas, la *sans-culotterie* parisina aprendió a hacer la Revolución, aprendió a luchar por los derechos que creía justos, aprendió nuevas formas de protestas y prácticas revolucionarias. Con sudor y sangre, consiguieron instaurar el *máximum* de precios y derrocaron al gobierno cuando dejó de ser, a sus ojos, un aliado. Para su desgracia, el nuevo gobierno fue mucho peor. Décadas después, protagonizarían una nueva revolución, porque no habían olvidado 1789. Porque no habían olvidado cómo hacer la Revolución.

# Bibliografía

---

- ALZAS, N. “Don, patriotisme et sociétés populaires en l'an II. Le sans-culotte de l'Hérault”. *Annales historiques de la Révolution française*, (329): 41-65, 2002.
- BENOIST, L. *Le compagnonnage et les métiers*. París: Presses Universitaires de France, 1970.
- BERNET, J. “Chaumette, porte-parole des sans-culottes”. *Annales historiques de la Révolution française*, (321): 153-154, 2000.
- CARR, E. H. *¿Qué es la Historia?* Barcelona: Ariel, 2006.
- CASTELLS OLIVÁN, I. *La Revolución Francesa (1789-1799)*. Madrid: Síntesis, 2014.
- COBBAN, A. *La interpretación social de la Revolución Francesa*. Madrid: Narcea, 1971.
- COONRAET, E. *Les compagnonnages en France: du Moyen Age à nous jours*. París: Les Éditions Ouvriers, 1966.
- DAVIES, P. *La Revolución Francesa: una breve introducción*. Madrid: Alianza, 2014.
- FURET, F. *Pensar la Revolución Francesa*. Barcelona: Petrel D. L., 1980.
- FURET F., OZOUF M. *Diccionario de la Revolución Francesa*. Madrid: Alianza Editorial, 1989.
- GINZBURG, C. *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones Península, 2013.
- HOBBSBAWM, E. *La era de la revolución: 1789-1848*. Barcelona: Crítica, 1997.
- JACQUES, J. *Las luchas sociales en los gremios*. Madrid: DL, 1972.
- LADJOUZI, D. “Les journées des 4 et 5 septembre 1793 à Paris. Un mouvement d'union entre le peuple, la commune de Paris et la convention pour un exécutif révolutionnaire”. *Annales historiques de la Révolution française*, (321): 27-44, 2000.
- LEFEBVRE, G. *1789: Revolución Francesa*. Barcelona: Laia, 1981.
- MIRAS ALBARRÁN, J. Sobre la tradición revolucionaria popular. *El viejo topo*, (221): 72-83, 2006.

- RODRÍGUEZ ÁLVAREZ, A. Sociedades populares y descentralización en la Revolución Francesa (1790-1793). *Hispania: Revista española de historia*, 61 (208): 563-582, 2001.
- RUDÉ, G. *La multitud en la historia: los disturbios populares en Francia e Inglaterra 1730-1848*. Madrid: Siglo XXI Editores, 1989.
- RUDÉ, G. *The crowd in the French Revolution*. Oxford, 1959.
- SOBOUL, A. *Comprender la Revolución Francesa*. Barcelona: Crítica, 1983.
- SOBOUL, A. *La crisis del Antiguo Régimen*. Madrid: Fundamentos, 1971.
- SOBOUL, A. *La Revolución Francesa: principios ideológicos y protagonistas colectivos*. Barcelona: Crítica, 1987.
- SOBOUL, A. *Las clases sociales de la Revolución Francesa*. Madrid: Fundamentos, 1971.
- SOBOUL, A. *Les sans-culottes parisiens en l'an II*. París, 1958.
- SOBOUL, A. *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.
- VILLAVERDE RICO, M. J. "Debates sobre la Revolución Francesa". *Zona abierta* (43-44): 221-240, 1987.